



CANSADO DE VERANOS

(excepto las almorranas añiles
en la prima Vera. O Toño.)

CANSADO DE VERANOS

(EXCEPTO LAS ALMORRANAS AÑILES EN LA PRIMA VERA, O TOÑO)

ME ENGRIPARON COMO PUERCO / 3
EPIGDEMIA / 9
-LOS TRES COCHINITOS BOSSA NOVA
-ESTRELLA DE TELEVISIÓN SUCUMBE A ENFERMEDAD
-LA OTRA CARNE BLANCA
FAIRYTALE / 14
KUNIKIKO / 17
TIBURONES ROJOS 1, VISITANTES 0 / 19
SUICIDIOS EJEMPLARES / 21
CARPE NOCTEM / 25
LIMBO: LATITUD N 24°12', LONGITUD W 75°08'16" / 29
MÁS SI OSARE UN EXTRAÑO ENEMIGO / 35
YA NO QUIERO VER TU FOTO EN MI BURÓ / 46
HUMOR AMARILLO / 52
INSOSPECHADAS PROPIEDADES CURATIVAS DEL GRUPO A SANGUINEO / 61
EL LIBRO VALE LO QUE CUESTA / 68
SOY PEPITO, NO HAREM TRAVESURAS / 73
MIERDA MARCA ACME / 82
EL DÍA QUE DESCUBRÍ COMO ESCRIBIR LOS CUENTOS / 88
MUY CANSADO DE VERANOS / 96
CONDON GIOVANNI / 100
GENERACIÓN ESPONTÁNEA / 107
T-REX MARCHANDO AL POZO DE ALQUITRÁN / 115
3 A.M. / 120
POR SI NO... / 123
CISSALDIA / 125
¿LOS SUMERIOS SABÍAN SUMAR? / 127
LOS GALICRONOS / 134

ME ENGRIPARON COMO PUERCO

Un estornudo.

-¡Salud! –exclama plomero A. La voz comienza por la tubería roscada y termina en la podredumbre de la mañana con un regaño abrasivo como de lija, provocando el pulimento de los sentidos en plomero B, del mismo modo que el papel rasposo lo haría.

-¿Ves, Mario? Mis predicciones eran correctas, ésta va a ser una larga temporada de lluvia.

-Cábulas, pinche Luigi. Te lo dije antes y te lo repito de nuevo, deja las predicciones a las personas que manejan el mazo con el escalamiento numerado de arcanos. Tú tienes un martillo de menor peso y tamaño.

El silencio se clava en el aire. Los cuerpos evaporados por el trabajo hacen una alto para asomarse al exterior de la ventana, mirando el rodar de las nubes.

-Lo que es de ley es que cuando llegue el fin del mundo, Dios nos enviará otro diluvio –comenta plomero A.

-...5, 4, 3, 2, 1, 7, 18, 40...

-¿El conteo para el fin del mundo?

-No, los números de la lotería. El comodín será el 27

El chiste dura menos que un relámpago. Cesa el trueno y la naturaleza repite el ciclo del agua con ligera llovizna.

-Dios mío, ha comenzado –advierde plomero B.

-Bah, gotitas de nada, nadie se ahoga

-Toma mi cabeza, córtame el cuello. Nada queda dentro del pertrecho de los baños, después de esta lluvia ácida.

-¿Lluvia ácida? Si es pura agua, hombre

-Mala para los seres vivos. Se trata del *smog* rebosante de consejas a la mala calidad y combinado con la humedad del aire.

-Lo único que lamento es que acabo de lavar el coche

Llovía a cántaros.

El perfil de la ciudad desaparece, excepto el aire insostenible con sombrillas en pisa y corre y las banquetas poniendo a salvo la primitiva tecnología de los achicadores. El microbús hace la parada y queda vacío en segundos, todos los que bajan en tropel eran hombres que regresaban de sus trabajos. El camión parte y Luigi Ramírez echa a caminar en medio del fango. Hay un cruce de peces por las piernas abiertas. En el pequeño restaurant de la cortina de acero, Ramírez saluda a Doña Flavia, la madre que borra los estiramientos del mandil, y le ordena lo usual: *Dos huevos rancheros y café con leche, por favor*. Lenta, con dignidad silenciosa, Doña Flavia brinca del sillón donde estaba y le presta una toalla al recién llegado. El pobre plomero chorrea cansancio por los codos.

-¿Qué sucedió?

-El vendaval del siglo, patrona

-Va pa' largo esta madre. Los meteorólogos nunca dicen a la población el verdadero pronóstico del clima.

El buen hijo se sienta a la mesa comunal. La cómica gorda y el galán famélico le abren un espacio, cogiendo el sabor con las dos manos. El ojo se entretiene con cada mosca que se posa y comienza a volar.

-Flavia, ¿Alguna vez has tenido algún deseo demasiado egoísta, que para hacerse realidad tenga que morir alguien más? –pregunta el muchacho, atragantándose con una estocada de tortilla.

Flavia piensa en los ingredientes del caldo un momento, lo que la cuchara sabe.

-No estás tu pa' saberlo ni yo para contarlo, pero mi deseo favorito es poseer los aranceles de todos los países con salida al mar -confiesa la matrona, con una sonrisa que no termina -Mi otro deseo es verme tan escultural como la *Mujer con espejo* de Botero. Y mi último deseo es atragantarme un duro mazapán, como los que partía en cuatro, cada feria en mi rancho...

Flavia se encoge de hombros y pierde interés en la conversación.

-Pero ninguno de ellos se cumplió.

Luigi Ramírez guarda un rostro dispuesto a desencajarse con el humor de la patata. El ha imaginado con oportunidad equivalentes deseos, como el deseo incontrolable de ser rico y poderoso. Su otro deseo es capturar a Emilio Estefan, conocido homosexual y comunista, y llevarlo a la horca en Bagdad. Uno debe tener un límite de días, hasta donde se puede volver atrás, pero se ha visto conformado con un extraño deseo cumplido, cada vez que lo formula.

-Madre, me voy

La madre le limpia la boca con una servilleta de papel, aunque no es necesario acercarse para cerciorarnos que es un billete de doscientos pesos.

-Vaya bien, te veo mañana

Luigi asume un aire de franciscano con el dinero en la mano.

-No, no creo. Tengo chamba en el centro con un drenaje tapado. Quién sabe cuando lo termine, por lo que a muchos se les hace que nomas me voy a hacer pendejo a la calle, aunque luego me sigo un mes con otro trabajito para instalar un tinaco a un edificio habitacional en el sur. Yo te aviso, pues.

El muchacho salió lentamente a la puerta. Da cuenta del frío en el chubasco, palpa su pene y sonríe, adentrándose presuroso en el país inundado.

-¡Pos que no vuelva de donde esté, pinche mantenido! ¡Me cae que usted, a sus cincuenta años, sigue soportando huevones!—comenta el borracho, tras su partida.

-Ja, mire que ¿Qué le importa? ¿Quién se cree usted?

-Soy hijo del papá, presidente de la Canaca

-Vaya y chingue a su madre

Doña Flavia recoge su plato y los truenos y los relámpagos se suceden, unos a otros.

De acuerdo a una creencia japonesa, estornudar es señal de que alguien está hablando de ti. A propósito, ¿No son los propios poemas japoneses que suenan como estornudos?: *Hai*. Dos semanas y media dan mucho de sí, que ya no parece tan encantador. Y no se acaba el estruendo, la gente empieza a asustarse. El agua llega a la rodilla. Las goteras arrebatan los límites de las cubetas y salta la inundación. El remolino te quiere para sí. ¡Qué horror, debes haber soltado la vejiga nadante cuando agitabas los brazos con desesperación, para luego hundirte otra vez! El cuerpo trata de flotar, no puede. Se arrepiente de no haber aprendido a nadar. Seguramente morirá. No hay ningún asidero, no hay quien venga en

ayuda. Deseo, deseo, deseo es lo que repite la respiración y así entona sumergido. Si tuvieras un deseo, ¿Cuál sería? ¿Este deseo se haría realidad?: *Hai*. Luigi Ramírez recuerda los años de su niñez. Las ganas llegando a ser culpa de salir a jugar al patio, cuando el cielo se oscurecía sin previo aviso y mojaba con sus primeras gotas el círculo saltante del trigüeño de los doce años. Imposible no concluir que alguien desata a propósito un aguacero para hacerlo molestar. La invención de la casa es un vaho que se dobla en las ventanas. El niño tiene el rostro presionado contra el vidrio que se mide por su frío, repitiendo su deseo una y otra vez. Gradualmente, el aire acababa exprimido en el puño cerrado y su nariz se ensanchaba con su saludo de cochino, aplastada contra la superficie, pero después de una larga mantra, la lluvia paraba. Sí, el cielo milagrosamente se despejaba y era hora de salir a jugar, pero el juego ya no era importante. Lo importante es que él había detenido la lluvia con su propia voz. Ahora y aquí, el único apunte significativo es la manera en que Luigi Ramírez se gana la vida. Mientras llega otro trabajo de mantenimiento de grifos y quimeras, se pasa cada día rellenando el formulario de un concurso organizado por un periódico: “¿Dónde caerá una tormenta la próxima vez?”. Siempre gana. Ha ganado, indefectiblemente, durante nueve meses. Ganar se ha convertido en una rutina aburrida, pero es un medio de vida honesta y no se siente capaz de predecir el tiempo que no sea lluvia de animales, lluvia de estrellas, lluvia de azufre o lluvia dorada.

-¿Y qué es lo que te preocupa esta noche? – Pregunta el supervisor del gran dique, marcando con gis en la pared las veces que la recitación es repetida.

San Isidro labrador, quita el agua y pon el sol.

Los días pluviosos provocan igual confinamiento del tedio, que la amenaza aún presente de epidemias. El Decamerón puede ser revisado y ampliado. Así, las diez palabras cumplen las cien repeticiones. Otra vez, *El Decamantrón*.

Para sorpresa de todos, la lluvia amaina y el viento corre en retirada. Sin embargo, Luigi Ramírez siente un ligero desconcierto mezclado con un desencanto, pues con el clima que escampa le sobreviene un ataque de laringitis, cuando lo obligado de estos casos es esperar un arco iris.

EPIGDEMIA

I. LOS TRES COCHINITOS *BOSSA NOVA*

Un día como cualquier otro en el enorme libro de fantasías, tres cerditos forman una pandilla de rimas infantiles a cambio de arrendar el mundo mágico. La piara duerme en la misma cama y dan cuenta que sus cuerpos son, de una manera extraña, agujeros en el gran sueño de la estancia. Tú también estás callado e inmóvil, pensando que la vida es dura en esto y aquello, hasta descubrir una vez más que vivir del cuento es nuestro oficio.

-Yo construiré mi casa con lianas y paja. Así, terminaré muy pronto y podré ir a tocar mi flauta –dice el primer cerdito. Dejando en claro que no sabe hacer nada más.

-Yo construiré mi casa con leña de los alrededores y barniz. Así, terminaré a la par de mi hermano y podré ir a tocar mi violín –dice el segundo cerdito. Convencido de que no haya que reinventar nada.

-Puercos, ustedes dos pueden jugar y cantar mientras yo apilo ladrillos con mezcla, pero yo estaré seguro en mi casa al final del día en el caso que el lobo feroz toque a mi puerta –regaña el tercer cerdito.

-¿Quién teme al lobo feroz? –exclaman los músicos burlescamente al unísono. Contentos de crecer juntos, aunque alguien entre ellos sea un opulento marrano.

Un golpe de címbalos cambia la escena. Detrás de un árbol surge el lobo, rugiendo de hambre imperfecta y fraguando un plan. Cual visitador del juzgado civil, se encamina a las viviendas terminadas.

-¿Quién es? –pregunta la voz chillona en el interior.

-Soy una pobre oveja perdida. Por favor, permítanme entrar a su guarida.

-No, no, no, lobo feroz. A nadie engañas con ese disfraz y voz de abuelita.

-Entonces, soplaré y soplaré y tu casa derrumbaré...

Y se puso a soplar tan fuerte como el viento de invierno. En tres ocasiones, la arquitectura es amenazada con una palma invisible que la transforma en ruinas, en chiquero inicial. El simple hecho de levantarse de la silla o soltar un bostezo, puede acabar con el relato en este punto, pero la venganza es un plato que se sirve frío. Ahora, Papá cerdito toca al timbre de la puerta, mientras el lobo se esconde en su casa, a piedra y lodo.

-Sal de tu escondite, o estornudaré y estornudaré y de influenza te contagiare...

El fin del cuento es breve y penoso, idéntico a la historia de nuestro país.

II. ESTRELLA DE TELEVISIÓN SUCUMBE A ENFERMEDAD

Los síntomas incluyen: aumento de secreción nasal, tos, fiebre alta, malestar general, falta de apetito, dolor en las articulaciones, vómitos, diarrea y, en casos de mala evolución, pérdida de la consciencia y la muerte.

Se ha recomendado a la población que acuda al hospital lo antes posible, de presentarse tal cuadro. Ciertamente, la alerta por el brote epidémico ha ayudado mucho para evitar una violenta propagación del virus, pero la zoonosis es una calidad de mal infeccioso que abarca tiña, sarna, carbunco, rabia, peste, fiebre Q, leptospirosis, leishmaniasis, brucelosis, gripe aviar, triquinosis y hantavirus, además de la gripe porcina, luego el paciente nuevo que ingresa de emergencia muestra una incapacidad para sostenerse con sus propias fuerzas, la piel verde, los ojos saltones, la lengua seca como si pedazo de

felpa, un tic nervioso y vientre prominente que sugiere clara exacerbación de la enfermedad.

Durante el traslado a terapia intensiva, el personal de enfermería ha dado cuenta que se trata de una personalidad de la televisión. Algunos esperan conseguir un autógrafo, pero el actor se muestra sumamente agotado y quebrantado en su salud. Los días que le siguen, la mutación de la cepa revierte la recuperación del paciente, pues su tratamiento está plagado de problemas de relaciones públicas y todo tipo de retrasos por volver a enseñar los números, el abecedario y la diferencia entre “cerca” y “lejos”.

Tú piensas que no hay nada más contagioso que un chisme. Afuera, se dice que el artista delira debido a las complicaciones pulmonares severas, que musita apenas cercano del vahído: “*Señorita Cerda, mi muñequita de peluche*”. Después de eso, no le quedan más fuerzas al célebre actor para seguir resistiendo su achaque, tieso y deletreado.

Adentro, los médicos no pueden hacer mayor cosa tampoco.

La influenza porcina cobra su primera víctima en el mundo de la farándula.

Descanse en paz, *Kermit Muppet*

III. LA OTRA CARNE BLANCA

¿Qué mide 40 centímetros y cuelga delante de un asno?

El estetoscopio del Dr. Jamelgo.

Correcto, cuando Hipócrates hubo logrado los honores de la medicina, concluyó que ningún enfermo espera por palabras sabias, sino buenas noticias.

-Antes de operar la colita retorcida, desearía cambiar su dieta en adelante – comenta el Dr. Jamelgo, retirando sendas olivas de goma de las largas orejas.

-Odio la sensación de una manzana en la boca por la mañana – responde la paciente con síntomas de gripe porcina.

-Quisiera darle chicharrón, pero perdería mi licencia

-¿Médico de cabecera, o de granja?

-De granja, no me gusta lavarme las manos. Mire, pruebe la otra carne blanca

-Es lo que digo, para el amor es básico ver más allá de las apariencias

-De mis honorarios hablamos luego –dice el galeno y arrima su alcancía de chancho

Loa de las malas noticias, más corta que la muleta.

IV. LOONEY TUNES

Una pareja llamada Porky Pig y *Sus domestica*²¹
pasaron la luna de miel con los ombligos bien juntos,
pues en su presura de consumir el momento
confundieron el lubricante con un pegamento
y por ello, cada orgasmo dura hasta treinta minutos
aunque del revolcado en lodo, pasamos al susto
cuando al decir *oinc*, se nos escapa un estornudo.
Como si no fueran suficientes los líos
del *halal* musulmán y el *cashrut* judío,
ahora la otra carne blanca es el moderno bruno.

Más, vacas locas y pollos al otro lado del mundo
compadecen al cerdo en el pogromo por turnos,
no por motivo de histeria mayúscula
sino aquella infidelidad con Petunia
y quién al pedírsele explicaciones, luce tartamudo
¡Eso es to...eso es to...eeeso es to-todo, amigos!
Punto.

FAIRYTALE

En el destino del autobús se lee: *Copyright*.

“Twinky, Twinky, les brillan los ojitos cuando saborean estos pastelitos. Twinky Wonder de sabrosa crema relleno está y Twinky Wonder cuestan menos, gustan más. Twinky Wonder en cualquier hooora. Twinky Woooonder, qué rico pastel”.

Nacho Méndez imaginaba que el arte era una falta de hambre, una entrega gigante, algo muy santo con el estómago vacío. Sentado a orillas del Canal 5, este artista de los brazos cruzados regresaba de un letargo a clases, después de perdonar al pasajero que le quita el lugar al siguiente nómada, formados como ahora, en un desfile donde vamos hacia donde la vida fluye y no entendemos un ápice, en el mismo horario que todos maldecimos el obscurecimiento en la pantalla y esa lluvia. Nacho Méndez desea haber nacido dos generaciones atrás, porque busca ser postcolonial y porque la senda del legendario Ken Kesey en su exilio a México puso el alivio bendito de su autobús dentro de una pecera ridícula como *“The electric Kool-Aid acid test”*.

En extraño periplo por cadena nacional, el comercial refiere del *Twinky Wonder* como un panque con relleno de crema, dos postres de vainilla o fresa en cada bolsita. Cada pastel twinkie contiene unas 145 calorías, bueno para satisfacer el hambre temporalmente, pero entendido por la gastronomía como la quintaesencia de edulcorante, conservadores, saborizantes y sal. A esta cita del presente, Nacho abre el empaque de doble nihilismo para sí, como si no le pesara el perjuicio del pecado original: *“Tú, Adán, te atragantarás con esa manzana, quedando para siempre en tu cuello”*.

La otra posesión: Todos fuimos talla 29 antes de soñar con un *hot-dog* en el doble programa de *matinée*, pero la niña en la ventana del hospital recuerda el día que la aislaron de sus muñecas y juegos de té. Sin Dios y sin sedantes, desde el octavo piso les mostró a sus hermanos el cartel de su protesta antinuclear. Aquella tarde, Nacho hace una invitación a señas y comparte la otra pieza del paquete con la niña.

En el tercer acto de *La Guerre des Pâtisseries n'aura pas lieu*, Nacho detiene la comunión de los santos en sus labios, porque no puede pasar por alto el modo que la niña muerde el pastelillo y saborea el bocado, moviendo la cabeza de lado a lado, mientras las coletas rozan la crema del relleno.

-¿Te das cuenta que se te está llenando el bollo de pelos?

-Sí...y también me están saliendo chichis.

El comentario no es mordaz, porque fluye una simpatía secreta. No obstante, Nacho Méndez reorienta las antenas del televisor y la niña desaparece.

Un poco más tarde, una mujer, pasadita de las 11, suelta el rosario de las consejas (un segundo es suficiente) y escapa del templo de la Orden para vestir santos, donde el fariseo y el morboso llegaron a contemplar al muerto y sus dormidos roles (a los diurnos los dejará reposar otro poco). Desgraciadamente, nadie mira a una *Bimbo* entender los pocos años que le quedan para tener un hijo con largos pasos, esa probabilidad complace a las cajas de bombones y galletas surtidas, que abrimos cuando es estrictamente necesario. Antes que nada son un regalo para dar en regalo. Ahora, incomodo por la mirada de la mujer sobre su hombro, Nacho consiente en ceder la mitad de la masa esponjosa con su relleno crema. Hay conjuros más prófugos que el aire, pero duermen en paz hasta que

sucede una noble acción. El hada Marinela decide abandonar su disfraz de anciana pordiosera y regresa con Nacho Méndez para recompensarlo por su gesto altruista.

-Fuiste generoso y por eso te concederé un deseo.

-¿En serio? Deseo un submarino...para mi pecera.

-Right, We all live in a yellow submarine...

Al instante, suponemos que ella pensaría cosas buenas y no entregaría un producto de repostería a cambio, pero la mitad del USS Nautilus es lo justo a obtener en el chingado papel de las promociones, luego Nacho Méndez deberá correr hasta su alcancía y gastarse el dinero en una dotación de galletas Gamesa, paletas Ricolino y dulces Sonrics que sacian el feroz apetito por los objetos coleccionables, antes de que el *kitbashing* ya no valga nada y la mitad de su premio se hunda en el mar de propia diarrea.

“Ay que rico sabor, submarinos deliciosos...¡Wow, wow, wow!”

KUNIKIKO

Los esquimales frotan las puntas de sus narices entre sí para significar un beso.

El beso es la más común muestra de afecto hacia otra persona y considera el acto de tocarlo con los labios. En el mundo animal, los hurones como las ardillas presentan esta costumbre de besarse de frente. Quizás, el origen de un beso tan directo es la conducta instintiva y notoria entre las aves masticando la comida de sus crías. En el mundo social, un beso es un truco excitante de la naturaleza para interrumpir la conversación, cuando las palabras son superfluas. En el mundo de los cuentos, Blanca Nieves y Aurora, la Bella Durmiente, reciben el beso de un príncipe para liberar su encantamiento. Sin embargo, los esquimales temen al frío intenso y suponen que los labios pueden quedarse pegados por congelamiento, por eso optan por este gesto sentimental llamado *kunik*. Al bajar la temperatura, Mariana y yo acabamos vestidos con un grueso abrigo que apenas permite tener los ojos al descubierto. Durante el invierno pasado, ella me plantó un beso esquimal con una bolsa de hielo de dos kilos y se regresó a México, con la intención de nunca volverme a ver, lo cual me tenía conforme.

Una tarde, me fui a comprar una copa de helado a *Dairy Queen* y allí encontré a un grupo de pingüinos tratando de decidir que sabor elegir y al ver mi cajita feliz, ya sacan el pico unitivo y me piden acompañarlos a una fiesta de etiqueta. Vacilo al penetrar en la ciudad reducida a un globo de vidrio con nieve artificial, pero me encuentro fuera de la lista navideña y no tengo problema en pagar mi *token* para entrar al baile. Durante un largo rato, no hice no otra cosa que jugar con la condensación de mi aliento, pues se trataba de una fiesta aburrida. Entonces vi a una niña, aproximadamente de 12 años, con un artefacto

ortopédico en una pierna. Imagine que sufría de poliomielitis, que es un padecimiento que también se llama parálisis infantil y deja al enfermo permanentemente lisiado. Se llama infantil porque las personas que contraen la enfermedad son especialmente los niños entre cinco y diez años. La niña estaba mirando a todo el mundo bailar. Nadie se sienta cerca del espejo que destroza el reflejo. Así que decidí acercarme a ella e invitarla a bailar. Al principio, no puede contener su sorpresa, luego es breve la voz en mitad de su timidez, pero ésta se va desvaneciendo al mirar mi sonrisa. Así que accedió a acompañarme a la pista y yo procuré no portarme torpe con mis pasos y juntos conseguimos un grato compás como una tosca tijera de puntas, descalzos. La canción que entonaban los ladridos de los *huskies* era “*Oui, C’est elle, c’est la déesse*” de la ópera *Les pêcheurs de perles* de Bizet. Al término de la pieza, ella me dio las gracias y me pidió que la acompañara de vuelta a su asiento. Allí, volvió a agradecerme la invitación con un beso en la mejilla y yo me quedé a conversar con ella sobre las polaridades de la imaginación. Y durante el resto de la velada, bailamos un par de veces más.

-¿Qué haremos durante la interminable noche invernal? –demanda.

-Por supuesto que no *Kayaknos*

Si alguien lo pregunta, ahora conozco el significado de la frase “romper el hielo”, que no es lo mismo que lograr derretir el corazón al pintor centrado en el retrato con paleta de limón.

TIBURONES ROJOS 1, VISITANTES 0

He aquí que Beckett decidió convertirse en un portero.

“Yo supongo que el siguiente nivel del *delirium tremens* es el fútbol“, esto escribe a su amigo Luis “Pirata” Fuente.

Ah, los grandiosos colores que tiene el equipo. ¿Qué puedes agregar al *Rojo y azul* que no haya dicho Stendhal? No se trata del diseño de las camisetas de juego en cada temporada. Ni las mangas ni el corte del cuello, donde puedes conseguir la letra V de Veracruz. Quizás sea el olor del sudor que tienen impregnadas ellas, como el aliento de tu pareja en una fiesta de año nuevo. Amigo, este es un uniforme, luego tú no puedes vestir estas camisetas por mera galantería. Estas son para las grandes figuras del terreno de juego. Si tú al menos hubieras entrado a una subasta en E-Bay, pudiste pujar por un balón con el logotipo del club y darle la razón a Kierkegaard. Demasiado tarde, se han agotado todos. Pero, ¿Qué es eso, mi buen Manuel Seyde? ¿Quedan algunos en bodega? Bueno, amigo aficionado, parece que tienes a un comentarista de tu lado, la leal afición. Como en los viejos tiempos, debes pagar veinticuatro horas de formación en fila para esperar a que abran la taquilla. *¡Hincha, tiburones, no pares, sigue, sigue!*, será tu pulsación vascular. Por otro lado, el equipo visitante es un rival con grandes jugadores que son ídolos, que son fuerza newtoniana.

-Pelé, ¿Cómo se ilumina la cancha de un estadio hasta 75,000 espectadores?

-¿Reflectores?

-No, con un *match* clásico. Por supuesto, sólo si lo traduces como cerillo.

-Lógica, hoy vas a perder. Hoy vas a sufrir, porque nosotros no hacemos soccer.

Nosotros hacemos Futbol

-Pobre lógica. ¿No estabas tú sentado al lado de Becker, a once asientos de aquí?

-Sí, nomás que me arrastró la ola.

Esta visión enorme del estadio me hace reflexionar sobre la probable ubicación del alma en platea numerada. Por supuesto, lo mismo pensé ayer en la localidad de sol y la audiencia vitoreó largamente el primer gol. Ocurrido el silbatazo final, uno de los dos equipos se salvó. Es un porcentaje razonable.

SUICIDIOS EJEMPLARES

Cuando cumplí los ocho años, recibí mi bautizo de agua lustral.

Anterior a esa edad, mi idea sobre la vida era diferente. Vivía con mi papá y mi mamá y no tenía hermanos, siendo que el animal racional halló la forma de vivir entre los tabúes juiciosamente respetados y la ropa con almidón. Pero ellos decidieron tener otro hijo. Una niña, la pareja ansiada. Y en ese preciso instante se me fincó la responsabilidad de cuidar a la recién nacida. Esto me molestaba por tres razones: a) No era mi hija, b) no sabía pronunciar la palabra responsabilidad, mucho menos escribirla, y c) yo tenía 8 años. A la edad de 8 años se supone que la única actividad permitida por la legislación y la costumbre es jugar. Toda mi capacidad psicológica y motriz estaba diseñada para jugar. Y me gustaba jugar y correr, patear la pelota, chocar los carritos de metal, formar los soldados de plástico, etcétera. Al mismo tiempo, conservaba cierta viveza para la escuela, pero miraba el reloj, el brazo largo persiguiendo al brazo corto, hasta que la campana de recreo sonaba y entonces salía al patio a jugar. Así crecí y avance en mis grados primarios sustentando esta teoría, en letras rojas: Después de las tablas, tableros. Pero un día, que el dolor de cabeza mortificaba a mi mamá, ella puso a mi cuidado a su hija de 6 años, antes de salir en compra de tabletas.

-Quiero que te pongas a cuidar a tu hermana Mina

-No quiero

En realidad no dije eso, pero lo pensé. En su lugar hice mutis, ¿Qué otra cosa podía hacer? A los ocho años, los gritos de los adultos sobre tu cara generalmente te provocan perder el habla y parpadear con intensidad. El problema que cambiaba la respiración del

estómago era que a mi hermana Mina no le estaba permitido jugar entre las casas de naipes del vecindario, lo cual implicaba un circuito del mismo tamaño que lo decide la pecera de los carpines dorados, *ergo* yo no podía salir a jugar con los demás niños. Una alternativa es hacerlo a través de la ventana de tu casa, mientras sea más grande que la pared, pero los niños del barrio piensan que eres presa de una enfermedad. No es igual. Por todo esto, el momento que mi mamá cerró la puerta tras de sí, yo empecé a cavilar la manera de escapar a la disciplina. Así que me transfiguré en iluminado embustero.

-Mina, tú vas a ser grande como yo algún día

Ella se sentía tan orgullosa cada vez que me escuchaba decirle eso. Mina se queda mirando con obediencia el color de mi lengua, tirando de sus trenzas hasta el desinfe total. Sabía que había atrapado su interés, luego mantuve la presión irremediabilmente al piano, para favorecer mi nota más dulce aún.

-Una de las cosas que te hacen ser grande es ser puesto a prueba ¿Qué dices? ¿Tú quieres ser grande?

-Yo quiero ser grande, yo quiero ser grande –repite, aplaudiendo de gusto.

-Bien, te vamos a poner a prueba hoy

Mina asienta con la cabeza, enderezando la columna. Se halla lista para entrar al caldero hirviente, tomándose la mano. La conduzco a la silla mecedora.

-Quiero que te sientes un rato allí y no te muevas.

Mina asiente con la cabeza y trepa a la mecedora igual que el sube y baja.

-Ahora voy a ser invisible por un rato. No me podrás ver, pero yo te estaré cuidando si te mueves del lugar, excepto para ir al baño. Ahora cierra los ojos y no los abras hasta que te toque los hombros.

Mina asiente otra vez y cierra los ojos. Concentrada, se rasca las pecas de una mejilla.

-Estoy seguro que podrás hacerlo. Otra cosa. Si mamá pregunta si te deje sola en algún momento, ¿Qué le dirás?

Mina abre los ojos y me mira fijamente. Abre la boca un par de veces bajo el desgaste de los besos, pero no me da una respuesta.

-Mina, te tardas mucho en contestar.

Mina luce una cara extraviada y lastimada al acercarle todos los focos, al gritarle su penetrante inquisidor. Me preocupa haberme propasado, pero ésta sobrevive el mediodía para conjugar la afirmación digna de aplauso al final.

-Le diré que estuviste aquí todo el tiempo.

Yo sonrío, ella sonrío. La tarde instila mi disfraz, luego salgo a la calle a jugar. Brinco, giro, doy maromas. Todo estaba fríamente calculado como esta dura forma de partir de los trenes en la lluvia. Cinco minutos antes del regreso de mamá en esa hipótesis de compras, ya me encontraba corriendo de regreso a casa.

Mina permanecía sentada en la mecedora.

-Te moviste dos veces –acusé, con el aliento fatigado.

-¿Cómo sabes?

-Te dije que te estaría cuidando aunque no me pudieras ver

-Bueno, fui al baño dos veces

-Lo sé, nomás quería ver si me mentías y te crecía la nariz.

-¿Lo hice bien?

-Ni que lo digas. Ya llenas mis zapatos

Aunque me cueste creerlo, Mamá llega a casa y me golpea con su propia zapatilla.
Asustada por las fisuras frías que atraviesan la sala, Mina adquiere mi culpa.

-Soy mentirosa, no fui al baño. Te fui a buscar.

Hago señas que guarde silencio. Mamá vuelve a pellizcarme la oreja

-¿A qué se refiere tu hermana?

Yo busco comportarme como los suicidas que tienen a la mano su carta póstuma.

-¡Lo confieso, soy culpable! ¡Yo le dije que me hice invisible!

-Bien, veamos que dice tu padre cuando escuche tu explicación sobre óptica y el punto ciego.

-Juro que no dije nada de nuestro juego de las escondidas, hermano

Para ser honesto, no me importa. Cuanto me roba el sueño es lo que no logro adivinar cómo supo mi mamá que desobedecí y salí a la calle. Llega la urgencia de saber: he aquí un misterio que impone respeto, porque un disparo al aire provoca un alud de nieve.

-Me hice chiquita, del tamaño de un dedal y los estuve cuidando desde un cajón, sin que me pudieran ver.

Trato de imaginar esa posibilidad con el advenimiento de la miniaturización de los dispositivos electrónicos, pero los tubos de vacío son muy jóvenes en un tiempo demasiado viejo. Al día siguiente, fui a pisotear Lilliput. Me volví paranoico. Cuatro décadas posteriores, cada vez que quiero gastármela en una madrecita, finjo leer un contrato. Pero esas son las extrañas cosas que tus padres te inculcan y nunca se olvidan. Pequeñas imágenes como ésta, cuadros que te paran de cabeza: Me hice chiquito, del tamaño de tu conciencia.

CARPE NOCTEM

Quisiera tener un yate, pero solo puedo adquirir una lancha de remos. Por principio de cuentas, no la necesito para pescar. Si se me antoja comer una carpa, prefiero que alguien más la capture y me la sirva bien condimentada en un restaurante. Además, antes del problema de la contaminación de los ríos y océanos, la gente esperaba tirar del anzuelo contra la sirena herida en el sexo y la presa del día, ahora cuando se pesca en aguas dulces de la reserva federal, resulta temerario porque uno no sabe a ciencia cierta si pescará un desecho tóxico o una anguila mutante con largo sobrenombre local. En fin, he aquí que tengo muchos amigos que tienen sus propias lanchas y gustan de invitarme a pasear en ellas. Cierta ocasión, que disfrutaba del Mediterráneo en el sur de Francia, el mar ondulaba apacible, entre reflejos de soles magníficos que acaban confundiendo los restos de arca de Noé con la profundidad. Los franceses asumen el desafío de los caballitos de mar para que las personas sobre tierra puedan verlos. De cierto modo, es una costumbre de presumir sus embarcaciones. Por supuesto, las personas en tierra se acercan a la playa para mirar el cielo abierto, luego si un barco se cruza ante sus ojos, es una descortesía, el equivalente a cenar las puras plumas de un *Coq au vin*. En el vaivén que da sueño, la pulsación de la navegación mayor levanta las olas hasta los dibujados de Apollinaire. Cierta gente subida en un bote bautizado “LSD” empieza a servirse champagne. Observo la maniobra del anfitrión caminando con la botella y sirviendo la mayor parte de la bebida fuera de las copas. Es pura diversión. El tipo levanta un pie en el aire y enseguida trepa un escalón inexistente, para balancearse de lado a lado y repetir la operación con el pie contrario. Las personas sentadas alrededor suyo mueven su centro de gravedad hacia la certeza del ancla,

pero la tina del baño cambia de lugar. Todos lucen como un grupo de borrachos y ni siquiera han probado una gota aún. La fiesta termina en naufragio. Al momento, encuentro mi comparación con el percance aéreo del 4 de Noviembre en la Ciudad de México, en el cual perdieron la vida dos importantes funcionarios del Gobierno, junto a siete personas que viajaban a bordo y seis más en el sitio del desplome. La versión oficial establece que se trató de la impericia del piloto dentro de un enorme círculo vicioso titilando como radar. Yo no creo que se trate de un accidente. Tampoco creo que fuera un triunfo del narcotráfico. Ellos son simples matones a quemarropa y para ser exacto, este incidente guarda los órficos compases del Proyecto HAARP, esa caja de sorpresas de la Inteligencia Militar Norteamericana hasta donde la conspiración mundial conoce por las instalaciones del *High Frequency Active Auroral Research Program*, cerca de Gakona, Alaska. Iniciada en 1993, la empresa parte de una serie de experimentos con transmisiones de pulsos destinados al control del clima, para posteriormente trastornar e interrumpir los sofisticados sistemas de navegación en misiles y naves aéreas, especulándose que opera con una potencia de 150 bombas nucleares. En la segunda fase se espera que HAARP provoque olas encaminadas a suprimir la voluntad de las personas e implementar un escenario de control mental exitoso en la totalidad de la población. Cuestión que yo no consigo siquiera en la causa del hombre maravilloso. Quiero decir, mi padre es internado en un asilo de ancianos. Al principio, está renuente al cambio, pero decide darse una oportunidad para complacerme. La primera mañana de su acomodo, él se despierta con una erección sin gesto de cansado. Por increíble que parezca, antes de que pase su curiosidad a un espejo de mano, de la nada aparece una pelirroja enfermera y le practica una potente felación con lengua y labios. Agitado,

enseguida me llama al celular y me agradece: “Hijo, estoy feliz en este lugar. Gracias por internarme en este asilo”.

-No hay de qué, papá. Oye, realmente se te escucha contento

Colgamos.

Avanzada la mañana calurosa, mi padre decide dar un paseo con su andadera, pero no comienza el desafío de unos pasos, cuando resbala y cae. Haciendo vanos tanteos por levantarse, la ayuda llega con un negro custodio que camina en su auxilio y al punto que lo endereza, le baja los pantalones y lo sodomiza, para dejarlo con la cola roja de un mandril, de vuelta a su cama. Doblado de dolor, él llama al celular y me reprende: “Hijo, me tienes que sacar de este lugar. Este no es un asilo, sino un manicomio”

-Hey, hey...espera. No ha pasado un día completo y vienes cambiando muy rápido tu estado de humor ¿Qué te ha sucedido?

Mi padre me explica a detalle ambos eventos.

-Padre mío, estoy de acuerdo que ambos episodios son muy contrastantes, pero tienes que compensar las cosas buenas con las malas y pensar que eres muy afortunado de estar vigilado por Big Brother.

-No, hijo. Tú no entiendes. Yo tengo erecciones por una casual ocasión al mes y en cambio me caigo de la andadera cuatro o cinco veces diarias.

Todo lo que sube, tiene que bajar.

Volviendo a mi hipótesis en el avionazo de marras, ¿Cuál es el beneficio de un complot internacional? No lo sé, pero siempre es conveniente tener un vecino acomplejado y endeudado a quien reclamarle las cucarachas que entran a casa, especialmente acomplejado si sabemos que tiene petróleo bajo el sótano. Salgo de mi fácil cavilación,

precisamente porque la atractiva francesita más tatuada por un arpón, enciende una cámara de video sobre el horizonte. Diablos, me doy cuenta que la intención de los ahogados era posar para una película casera todo el tiempo.

LIMBO: LATITUD N 24°12', LONGITUD W 75°08'16".

Sin un hipocampo completamente funcional, los seres humanos no pueden recordar con éxito donde han estado, ni cómo conseguir donde van.

Antes de que el equipo de rescate los localizara, por el entronque de espera de la iguana encubierta como meridiano en la isla Guanahani, donde la cápsula *I Dream of Jeannie I* del proyecto *Gemini* amarizó con larga ventura para los insensibles al recuento, si media escalera y medio andamio bastan hasta la recuperación coordinada de los tripulantes, tras un vuelo suborbital para probar el escudo térmico de reentrada con éxito, todo sueño hará su ola antes de ser olvidado. *Velis nolis*, simplemente corrige el rumbo y las playas de azules absurdos hierven con pulpa de guanábana, cuando los tres astronautas sobrantes alcanzan la brisa y la corriente y clavan su bandera blanca al lado de una botella encorchada que no mira. El sueño se obstina en empapar a quien lo sueña, aunque el Mayor Nelson es el primero en levantar la vista y mirar a la mujer nacida con frío. Empero, el agua es el elemento clave para entender un batallón de espejismos apoyados en la confusión. Los náufragos dicen que si vacías tu mente, por fuerza te liberas de las formas. Así, te metes en una botella y serás botellas, luego te tiras al garete y serás mar, pero nunca detrás suyo, por ende nadie consigue mejores noticias durante el inclinado de las burbujas que un par de pedos puros. Ahora queda la sed mezclada con la brusca sensación del despertar ante un rostro femenino con mejillas de mal agujero. Ella es real, pero tan absolutamente distinta de una isleña. Pálido su cuerpo bajo el rojo vestido de *bledeh* y los brazos en lentos balanceos de libertad, al que un buen príncipe llama libertad de serpientes encantadas. Nelson se encuentra incapaz de quitar la vista de la espina dorsal en su baile, formando una crecida de

niebla. Desde que vive dentro de una botella preñada con el mensaje de Arecibo, ve la vida como a través de un ojo de pescado. Todo es enorme y deforme, igual que innominado. Espera, no es recomendable ponerse nervioso dentro, pues se empaña el cristal y ya no se puede ver más, aunque se escucha el motor de un helicóptero a la distancia. El Mayor interpone la cuchilla de las aspas entre el cuello estrecho y el portaaviones que no cabe para descubrir que Healy y el Coronel Bellows se encuentran en la playa, haciendo señales de emergencia contra el oleaje que dobla la escala de los suspiros. En pocos minutos, el rostro sudado de Bellows se vuelve al puesto de vigía que representa Nelson, sentado sobre la aniquilada balsa salvavidas. Camina en dirección suya. Todo es sumirse en la arena hasta sentirse pisar un astro vivo y contante que toma el paisaje de un cráneo luminoso.

-Es un pequeño paso para un hombre, pero, pero...pise una mierda. – Bellows recita a sí mismo y da un enorme salto en nombre de la humanidad.

-De modo que por esto los llaman “vuelos chárter” – saluda Nelson, cerrando el sarcasmo.

-Mayor, hablando claramente, estamos perdidos sin las letrinas adecuadas. Condición que nuestros saludables y pendencieros cosmonautas, y nuestros desaliñados taikonautas pueden usar diez veces mejor que... ¿Qué es todo esto?

-Probablemente la isla de Gilligan

-O Patmos

-*Whatever*, al menos las aguas infestadas de tiburones establecen un perímetro de seguridad. A salvo de Fidel Castro

-*Mea Cuba*, u otro cuadrante que parece la errata de su nombre. Ahora, ya que podríamos quedar aquí un buen rato, empecemos a escudriñar el lugar.

Bellows le indica por señas a Healy que se sume al grupo. A Bellows y a Healy le gusta jugar a ser niños cuando están juntos. Un día urdieron columpios con la primera caminata espacial y no pararon hasta que la nave pierde el rumbo. Al terminar las reparaciones de un cometa sin retorno, el mareo es tan grande cuando pasa la conexión llena de ruidos, que ambos ingresan al control de mando, vomitando. El momento que los dos están juntos, mirando y girando el botiquín como una caja *yosegi* para ser repartida entre tres personas, intercambian miradas pícaras. Healy expresa algo quejumbroso y maravillado, pero las aves migratorias se llevan las palabras. La marea alcanza la altura del fuego inverso de nueve cautelas y apaga la insubordinación. Espeso humo hace la noche extranjera, donde el bostezo deja a los contraídos al completo abandono y durmiendo las mil y una noches. Para saber la verdad, Nelson pregunta a la odalisca, aguardando ser visitada dentro del cordón militar.

-¿Quién eres?

-*Souhaite*, que significa deseo en francés.

-Bonito, pero ¿Cómo tú...?

-¿Cómo llegué aquí? Lo mismo dicen de las estatuas de la isla de Pascua. Mira, yo fui humana antes de ser transformada en genio por un ifrit.

Ah, un ifrit. Los monstruosos genios nacidos del mismísimo vaho de Allah y que desde entonces se negaron a postrarse ante Adán, por haber sido éste, creado de la arcilla. Al caso, *Souhaite* había conseguido su apodo por antífrasis dentro del rito, pero fue encontrada culpable de blasfemia al no usar una *burka* fuera del harem. De modo que su castigo mereció ser poseída por un ifrit. Nelson abraza la cintura a su encierro varias centurias después. Ella lo repele.

-Tus dos compañeros también me desean. Si me deseas únicamente para ti, tendrás que conquistarme. Tendrás que liberarte tú de igual modo y seré tuya.

En su bolsa de dormir, Bellows conversa sin ser despertado, pero se pone de pie y saluda con los hombros en alerta. En el lado erosionado de la cueva, Healy asoma la cabeza con ímpetu de lava, su pesadilla a punto de ser aplastada por los dientes. Cada uno tuvo el mismo sueño. Cada quien y cada cual se vio favorecido con los dones de la doncella del mar.

Nelson hace un reconocimiento de su alrededor y toma el remo de aluminio.

En un instante, todos tienen un arma en su poder.

Healy usa el hedor intenso de un par de frescos desechos fecales por la mano rápida de una pedrada y su casco de plexiglás para conservar la mente intacta. Bellows lanza pasta de dientes a presión, creyendo que el *Colgate* es su propelante por encima de la fuerza de la gravedad. De ser librada esta batalla treinta años más tarde, habría incluido, sin ninguna duda, la simulación de los juegos de video y muchas vidas de repuesto. Nelson ya no se detiene, ni se fía del afelio a la velocidad del trote de un caníbal derrotando y ganando la digestión de sus enemigos. *Gosu* destacable por su apetito, invisible por dentro y por fuera. El Capitán Healy y el Coronel Bellows quedan como muda reflexión de osamenta y sangre seca, menos la muerte del coral. El cuadro último se adelanta a la Ciencia como tal y muestra que sus cohetes siderales nunca dejaron de ser petardos, desde el chingo de vuelos fallidos que nos dieron de trayectoria ciega por ganar la carrera espacial. Y si en el espacio hubiera alguna imperfección severa, ésta envolvería al *Valet Parking*. Triunfante, Nelson regresa al lado de Souhaite.

Te conozco, Souhaite.

Cocodrilo enjoyado. Chiton con pechos de sal viva.

Hija de una constelación de un trillón de soles. Esclava.

Nelson se arrodilló ante la superficie vidriosa durante un sagrado momento, mirando fijamente el óvalo perfecto y ahogado de un rostro jugando con las formas de la telepatía. Los rizos negros de sus cabellos estaban helados, preservados, eternos. Por muchos siglos, ella ha sido la prisionera dentro de la botella. Colocada ahí por los magos caldeos, quienes conocieron las artes ocultas de los sacerdotes de Kumari Kandan y Lemuria y Mu y Atlántida y Edinu antes de ser llamada Mesopotamia. Los hombres sagrados la habían detenido, conociendo sus peligros. La estrategia de Friné para conmover a los jueces en su sentencia de muerte no prosperó. Pero se trataba de otro lugar y tiempo, donde no hay banderas que basten para la repetición de la infamia.

Quizás se trata de un truco de la mente. La isla y todos sus misterios son una apología de la marihuana y sus efectos. En la hora que se dilata, Nelson es el filatelista cuya suerte empieza adquiriendo las cartas de Yuri Gagarin y hace plática a una mujer con cara de aburrimiento como fruta de cera, que reduce todo comentario a frases en una lengua muerta, muy anterior al elamita y al acadio, en tanto deja caer el brazo ante una botella sin marbete que enlace todos los datos del encuentro en una palabra especial. La puerta por donde tú seguías entrando, día y noche, es el diseño del humo de los amnésicos. Los lavabos de los bares siempre están al fondo a la derecha. *Ajajajá*. Quizás todos los integrantes de la misión murieron en el accidente y están en el infierno dentro de la creencia y tierra de los Narakas. Si miras fijamente a la luna, ¿te conviertes en un lunático o en un genio?

Nelson cierra los párpados, colmado de ingenio.

-No me buscan, sino que me vienen siguiendo ¿Podría quedarme aquí? – admite.

Souhaite construye un hoyo en el aire, donde asomábamos los telescopios y espiábamos a Venus temblorosa, y enseguida empuja al hombre al interior del culo de Marte en celo. El hipocampo posee el segundo sumergimiento para la isla. No se hunde el estuche de la memoria espacial y de navegación por la cual grácil o trabajosamente nos movemos, pese al aturdimiento de posibles choques contra arcángeles o rescatistas. Souhaite es capaz de subyugarlos. Puesto que el recuerdo falso es su arma.

Concurrentemente y sin posible aviso de Mercurio, una columna de arena gira en torno del Djinn a cubrirle y, finalmente, queda dispersa, todo lo que alcanza, todo lo que resta sobre una escoba dominical en el horizonte límpido y desierto, dejando ni un solo rastro detrás.

MÁS SI OSARE UN EXTRAÑO ENEMIGO

En el segundo día de lucha contra el despreciable personaje que llegó para habitar mi cuerpo inerte -el sórdido inquilino que se hace llamar Roberto Luis Estévez- por sistema y matemática ciencia guerrera, toda la pólvora azul que mi inteligencia estalla en altozano, la quedan cubriendo lluvia y vientos cruzados en la blasfemia y se me ordena matar a una persona por primera vez.

A decir verdad, el intruso apareció sin sorpresa, como continuación de lo leído en una cartilla militar. Sin embargo, le llevó un día entero a Roberto Luis, con redobles de tambor y gran cigarro, el tomar total control sobre mi respuestas motrices. Yo, frontera limitada por dos brazos cruzados, quiero yacer enterrado en mi habitación con honores, pero entra el forastero en su carro de psicotrópicos para coronarlo en la ocupación igual que juego de Risk y nunca sospeché que un rumor tan venido de lejos quisiera encaminar mis zapatos ocupados al territorio del homicidio. La guerra llegó entonces, porque a juzgar por lo que yo recuerdo, la metralla detrás de los años malheridos me dejó las condecoraciones y me brotó del corazón este himno haciendo las charcas de ojos exprimidos en las calles, vibrando con medidas ondas concéntricas al paso pesado del nuevo soldado, aunque me rehusé del todo. No sirvió de nada, por supuesto, porque Roberto Luis era más fuerte y peligroso, un desencadenado asedio y asalto a las atalayas bajo el bostezo del guardián de mi envoltura terrestre y préstamos de gloria. Al momento de mi claudicación, yo lucía cansado, demasiado débil, harto de soportar mi enfermedad y llorar a mi Yo con sudor perplejo.

El blanco en la mira era el hermano menor de mi madre, el tío Ciro. Si Roberto Luis hubiera ordenado cometer mi atentado en contra del Papa, o el Presidente de los Colores Unidos de América o cierta figura pública del ámbito deportivo o cultural, yo pude deferir mis respetos en un traje de luto durante la ejecución, pero ¿el tío Ciro? Un tipo con calvicie prematura a los sesenta y tantos años, un psicólogo atípico y llamando las cosas desaparecidas como las novias que le fueron espantadas por la abuela, debido al temor de perder un enfermero eficiente hasta los 102 años de vida que vivió. No puedo creerlo, ¿Por qué el incomodo inquilino dentro de mi cerebro querría a tal persona insignificante muerta?

-¿No se te antoja borrarlo del planeta? –pregunta Roberto Luis, siempre que elevo mi inconformidad.

-¿Quién? ¿El tío Ciro? No manches, ni siquiera en la dentadura tiene una corona – replico.

-Precisamente, los dos grandes problemas de la humanidad son la sobrepoblación y la pobreza. La solución es matar a los pobres. Y el pobre tío Ciro es esplendido candidato dentro de estas tareas de limpieza.

-Si quiero matar al tío Ciro, ¿Qué necesito? Ah, un matamoscas.

Roberto Luis suelta una carcajada. Yo había aprendido a reconocer esa miserable carcajada, oída a mitad de la noche, cuando mantenía el equilibrio con mis piernas recostadas y puesta la atención a la programación para desvelados dentro del televisor, pero estando muy cerca de caer en el abismo de un profundo sueño, la terrible carcajada acaba uniéndose a la atmósfera como el látigo a la piel del caballo. Otra vez, un toque de escarnio que habría insultado la vena risueña de Rabelais. Roberto Luis suelta la carcajada y me hace burla. “¿Quién? ¿El tío Ciro? Sí, el tío Ciro, el mismo que te tuvo cercado con un

oprobio inexistente y los azotes intermitentes de su cinturón, montando su propio acto probatorio de las teorías de Piaget. No me digas que no te importa esto, cabeza dura”

-No me digas cabeza dura

-Tienes que clavarle un flechazo al tío Ciro en el estómago.

-Estás loco, no puedo hacer eso... ¡No voy a hacerlo!

-Claro que sí. Lo vas a hacer y lo vas a hacer correctamente, como todo un asesino a sueldo. La palabra suicida no es como muchos creen, el que mata a un suizo. No, un suicida sabe poner por encima de las mezquinas conductas antisociales, los supremos intereses personales.

-A mí no me mires, la genética me ha jugado una mala pasada con los parientes distanciados. De haber tenido opción, no habría elegido a los abuelos perfectos.

-Piénsalo bien, de cada diez personas que merecen morir por causas naturales... cinco son la mitad.

Destellos de lógica deóntica diversifican mi pensamiento. En el fondo, tenía una desconfianza profunda frente a los tíos solterones, a los solitarios del Club del Sargento Pimienta. Incluso frente a la gente que se las sabe arreglar para vivir en la podrida, comprimida cámara secreta del retiro voluntario, celebrando al viajero inmóvil de Camus, pero cuando les da la gana tomar sus vacaciones del piso de autoservicio, piden asilo en una llamada, para terminar por oírlos orinar, en la obscuridad, en el fondo de la casa. Repentinamente, hallo la carta de despedida al cartero, escrita en diferentes épocas, donde las cosas son muy diferentes “a como las contó Ciro a los efesios”. El problema está contado en parte, pero también hay que imaginárselo. El ciclo de Ciro, porque el tío Ciro fue muchas cosas, o más bien, muchas personas, desde sus comienzos. Por ejemplo, el buen

pariente bebía vino directamente de la botella, a vista y paciencia de las viejas películas caseras, para convertirse en el admirador de mi papá, a quién lo tomaba de los hombros, lo remecía y proclamaba a gritos: “Tienes una familia hermosa”. Y, a la vez, era el Doctor en Psicología que se olvidaba de las etapas de felicidad doméstica y tenía la manía de contradecir y pelearse con su cuñado sobre un asunto de dinero y poder, al punto de provocarle un episodio de esquizofrenia, donde éste cree que despierta una mañana en un lugar llamado simplemente *La Villa* y donde todos sus habitantes utilizan un prendedor con numeraciones romanas para facilitar el robo de identidad. Yo represento el número Seis, el tío Ciro es el número Dos y se parece al tío Ciro, excepto por las gafas de armazón negro de pasta, sin cristal, pero dotados con nariz de plástico sobre bigote postizo. Si escogemos a un tío Ciro en desmedro del otro, nos quedamos con una visión incompleta de su personalidad y en consecuencia, de su sentencia de muerte. El cartero llama dos veces, aunque nunca podrá competir con el repartidor de pizzas.

Escena tercera, acto primero: El tío Ciro reza una novena en su cuarto. Aguarda un segundo y escucha que llaman a la puerta. No tiene un quinto. Quienquiera que sea el que toca, tendrá que esperar un buen rato a que el tío Ciro atienda el timbre eléctrico. Él padece un serio cuadro de artritis, además que era muy tarde para esperar visitas. La tonada tubular abarca una octava. *Très bien*. Yo me paro bajo la luz del farol y percibo las malas palabras en la ocupación de hablar solo, los torpes movimientos del tío Ciro observándome detrás de las persianas. Atónito, parpadea varias veces y logra reconocirme. Abre la puerta.

-Hijo, no me avisaste que venías

Yo recargo la caja de pizza contra su pecho y lo empujo al interior.

-Traigo pizza

-Suena bien. Cené opíparamente, pero creo que puedo comerme un octavo del radio elevado al coseno de la constante de su diámetro partido por pi y según la base de la raíz cuadrada de siete, sobre el tamaño de la pizza completa. ¿Tiene anchoas?

-Aceitunas, pero al menos no tengo que pedirte que me aguantes los cubiertos.

-Bueno, en algunos países es típico comerla a través de la oreja. Si no lo haces, se considera un insulto personal contra la madre de todos los comensales dentro de la habitación. Por cierto, ¿Cómo está tu madre?

-Ella murió hace quince años

El tío Ciro parpadea nuevamente. El dintel sobre la entrada luce un moño negro que recuerda el triste suceso y el hermano repara en el error

-Es cierto, ¿Cómo pude olvidarlo?

La mano cubierta de manchas de la edad cierra el pasador detrás mío. Yo camino a la sala de estar, iluminada por los vitrales empezando el crecimiento del pasillo. El tío Ciro me sigue a corta distancia. Él viste un atuendo solo visto en películas en blanco y negro, como *Plan 9 del espacio exterior*. Larga bata de dormir que adquiere un desespero como cortinas de ducha con el degeneramiento de su estructura ósea. Ambos nos miramos hasta la confianza permitida. La gota fría está en mi cara al empezar y me avergüenzo dentro del momento que levanta la murmuración: Esto es una locura. Basta imaginarlo con boina y bastón, para enaltecer sus arrugas. Es un viejo verde, desdentado. Ni siquiera capaz de recordar sus inclinaciones políticas, cuando eran tiempos mejores. ¿Cuál es el punto de todo esto?

Y Roberto Luis Estévez responde: “No importa lo que recuerde. Tú recuerdas Oz al final del triste caminito de los adoquines amarillos y punto. Ahora, si te hace sentir mejor, dile que vienes a matarlo y sin permitir quejarse”.

-¿Sabías que los aztecas migraron en pos de Salma y la *performance* de la serpiente?

Obviamente, no me había visto en años y supone que ante una adivinanza tendrían que amarrarse nuestras vidas. En algún momento perdimos contacto, el de una agujeta que ya no vuelve a pasar para hacer el nudo y porque no lo quiso, no tuvo mi cariño. Mi respuesta es telepática: “Lo que sea, tío Ciro. Ahora veo las cosas del modo que un niño maltratado sufre de nombres cabales. Estoy buscándolo arrodillado bajo la mesa del comedor, en la ruta donde un sentimiento de culpa regresa al origen con las patas de las sillas. Y es que los chicos deben de tener su lugar, un lugar donde ellos sepan que pueden jugar, esconderse, ensuciar y romper durante el breve rodeo y ser felices escrutando su sexo con ayuda de un rompecabezas. Por supuesto, señores padres, es conveniente que este lugar no sea muy alejado de la luna y claramente dibujado con un dragón con plumas, pero no hay que asustarlos con seres que no existen. Llegado el caso, háblales de una *performance* con serpiente y guarda la imagen en monedas, banderas, sellos oficiales, en todos lados”.

-Lo sé, desconocer los siete pecados capitales es como infringir el octavo – respondo.

Enseguida brindo un pellizco por reproche de abuso y compadre. El tío Ciro retrocede al sofá, frotándose el brazo. Yo lo obligo por los hombros a sentarse y éste opone resistencia un momento, pero lo vence la pérdida de elasticidad muscular. Y como en los elementos sacerdotales de la física jónica, tomo el cojín de hule espuma y lo oprimo contra su rostro, haciendo un fugaz saludo. La asfixia llegó más rápido de lo que imaginé, pero en

todo ese tiempo le suplicaba a Roberto Luis Estévez que se detuviera. Chilla el alma que participa y quiere empuñar la cerradura obturada, cuando del sótano viene un incendio a consolarla y borrar mis huellas en la escena del crimen.

-Muy eficiente- Roberto Luis aplaude.

¿Qué hace un asesino para entretenerse? Pues, matar el tiempo. En el día cuatro de pelea contra el invasor apenas vislumbrado, una segunda muerte fue ordenada. El objetivo es una mujer que ni siquiera estoy seguro que todavía se mantenga disfrutando los dones de la vida. Yo la he nombrado boluda, porque ella nunca devolvió todas las pelotas que perdíamos al otro lado de la barda. Su nombre es Mariquita Linda y su casa retrocede ante un arreglo de ciento cuarenta y cuatro tejas y las va impulsando el exótico jardín que es una reminiscencia del Mahjong. Así que, apréndelo a jugar de una vez por todas.

Dieciséis fichas de vientos fortalecen la ronda y soy más pequeño que un insecto. Repentinamente, me encuentro frente a la máquina del tiempo. No hay remedio, debo matar a la anciana recitando sus mantras a la dilatación de la ventana.

-¿Por qué debo ser el uno ejecutor a sangre fría? –repito por milésima vez en un periodo de cuarenta y ocho horas.

-Por ninguna razón en especial. Simplemente, veo las muertes que están entre nosotros desde ahora. Si usted no vio la misma película, no averiguará hasta el último minuto que el asesino misterioso es el mayordomo.

La anciana abre la puerta, dejando claro que ha perdido a toda su servidumbre.

-Busco trabajo –digo sin mayor preámbulo.

-¿Sabe impermeabilizar techos, muchacho?

-Puedo hacerlo

-Mmm, creo que me vendría bien una serie de reparaciones en mi monotonía

-Pablito clavó un clavito en la calva de un calvito...

-¿Qué cosa?

-Vamos, repita mis palabras

-Mis palabras, mis palabras

-No, ponga atención a lo que digo: ¡Jugar cascarita sobre una cáscara de plátano, duele!

-¿Cascarita?

En medio del porche, que en algunos países es llamado Logia, tenemos nuestro terrible secreto, conocido ya por todo el pueblo, pero que, de cualquier forma, habríamos que sepultar al final.

-Oye, tú eres el mocoso que me estropeaba mis rosas con sus balones de caucho.

-Baila para mí, vieja

-Prefiero estar arrestada en Manchuria.

-¡Maldita bruja, te dije que bailes!

-¡Calla, despreciable perro sarnoso! ¡Eres tan estúpido y tan feo como tus juegos de pelota, primero debí adivinar que eras un vil ratero por tu mal aliento! ¡Te odio!

No la escucho más. Tal paroxismo de rabia y politonalidad llevan mi hacha al juramento de niño explorador. Y la tajo en pedacitos para abonar su jardín. Ouch, fueron sus últimas palabras ante el frío cortante. Nuevamente, los esfuerzos corporales obligatorios para la defensa caen al fondo de una cubeta metálica. Las hormigas, con su minucioso divagar, descubren los sesos esparcidos que se deben a la tendencia de dejar la cordura por

donde pasaba y van a perderse en una grieta en la losa. ¿Lo que siento es agrado? ¿Dejaré las sobras al forense?

-Me gustó la parte donde tú acomodas su tentáculo mutilado al mango, para sugerir que era zurda –indica Roberto Luis, arriba del camión regresando de Pachuca, con varios kilos de exceso de equipaje.

En el sexto día de batalla contra el extraño enemigo que osara profanar con suplantes mi aliento, se me ordenó matar otra vez. Y maté siete personas en un solo golpe, igual que aplastar la colilla de un cigarro. No obstante, el protocolo de los Derechos Humanos debe marcar la diferencia aquí entre masacre y acto terrorista, puesto que los muertos y heridos en el conteo consignado por escrito, todos debieron mezclar con oportunidad sus heces con sus preces o al menos haber insultado a la persona que los ataca. Otros signos vienen después, bajo hipnotismo. Roberto Luis Estévez pega fuerte y sabe pegar en los sitios que duelen. El aprendizaje de estas técnicas hizo que, en su día, me demorase mucho más de lo que había previsto para disparar al grupo sindical que se encontraban desplegando la bandera rojinegra afuera de la fábrica inalterable, y ver la repetición instantánea en televisión. Pum, pum. El tirador solitario es un programador de computadoras de 41 años y sin empleo, luego de ser despedido por acoso a una de sus colegas de nombre Lorena Herrera Fajardo, pero tan cuestionable el desliz como el olor de un pedo en público, cuando lo expeles y culpas a otro. Resentido por el cese, ya regresa a su lugar de trabajo con tremendo fusil de asalto automático para incursionar en una juerga asesina contra dos de sus colaboradores más cercanos, fallando en su intento de matar a la misma Lorena Herrera

Fajardo. Notimex informa: Ex-trabajador de maquiladora fronteriza de tamalitos congelados regresa fuertemente armado y termina la huelga.

Ay, incapaz de desobedecer una orden directa, no tengo idea si Roberto Luis Estévez era simplemente una alteración de la ira ciega, comúnmente llamado Síndrome Amok, o fuera una posesión demoniaca o un *dybukk* o un *poltergeist* o un alienígena de la cuarta dimensión o un alma en pena que cobra valor cuando regresa un fantasma que los micrófonos logran captar o una vulgar alucinación por desequilibrio mental. Creo que he leído demasiadas novelas fantásticas, pero lo que sí puedo tener en claro que Roberto Luis llegó el preciso momento de mi ordalía laboral a pan y queso, susurrando el convite con que amanezco: “*Aquí huele a huevo podrido*”. Por otro lado, la nueva maldición y la nueva ciudad opacan a una de las masacres más famosas y alevosas, bautizada la matanza de San Valentín de 1929 en Chicago, donde Al Capone mandó a matar a un grupo de *gangsters* que no le dieron regalo. O la matanza de la noche de Tlatelolco, ya de 1521, ya de 1968, donde los ejércitos acabaron rendidos, pues matar a tanta gente desarmada es muy agotador, sobre todo si lo tienes que hacer a mano.

En la guerra de una semana que llegaba su fin, Roberto Luis declara: Ahora es momento de matar a Lorena Herrera Fajardo.

-¡Cállate ya! –grité con todas mis fuerzas

Roberto Luis insiste en sus instrucciones, indica con ladridos que imitara a un perro de ataque y me fuera encima de ella, para que le mordiese el cuello y le llenara el pecho de sangre y saliva, lo que puede parecer parco. No lo es. Lorena resume, desde su nombre, largas tradiciones del gusto vulgar. Yo, por mi parte, soy una copia de la copia del guardián

en el centeno. No tengo un diploma escolar que rece: “El señor fulano obtiene el grado de Licenciado en tal o cual rubro profesional y etcétera”. No tengo amigos colocados en puestos importantes del Gobierno o del Sector Empresarial. Nunca he salido del país ni tengo pasaporte. Las mujeres no experimentan un trastorno de celos por mí. No tengo patria, excepto nueve muertos.

-La felicidad es un arma tibia, soldado

-Quizás, señor. Al fin y al cabo la *Sturmgewehr 44* la quiero para llevarla al terreno abierto y satisfacer mis deseos, los más oscuros, los más perversos. En cambio a Lorena la quiero para... ¡Caramba, que coincidencia!

-No la hagamos esperar

A veces Jekyll, a veces Hyde, ambos desdoblamientos caminan a trancos por la oficina que no es suya. Lorena se esconde bajo un escritorio, teme una mala noticia.

-Hola Lorena. Mi neurona está esperando abajo, en un taxi. Pero hágase un favor y marque el 066, para que manden todos los policías que tengan a hacerme los mandados. Aunque, sabes, preciosa, yo no estuve aquí...

Lorena encuentra su boca negra para cantar nu-nu-NO, al sonoro rugir del cañón.

YA NO QUIERO VER TU FOTO EN MI BURÓ

Ella hizo otras cosas por mí.

Ella me introdujo en la música de Alanis Morissette, en el mal gusto por los sorteos, en el dulce secreto de los mensajes cifrados como intransferibles zapatos para ingresar al reino de los celos, en los placeres de la comida corrida con raciones de maná y en la inoperancia de la línea divisoria entre el zen el Zeitgeist, abierta a las transmigraciones de nuestra hormiga veredera.

Ella me enseñó los diez mandamientos del genital y tuve estas clases particulares en la gimnasia a dúo de los amantes y yo me esforcé por la máxima calificación, Dios sabe que me esforcé. Pero la más distinguible marca que me pudo dejar la quemadura de su belleza, fue saber que tan malo puedo querer cuando busco ascender hasta la cuerda donde el faquir salta, siendo el hilo un tenso aviso de la telaraña que atrapa lo querido, y que tan grandioso sanador puedo resultar cuando amo el amor que se reparte, aunque duela frecuentemente.

Montserrat Vokon se ha ido para no volver, pero tengo esta fotografía de retrato encima del buró, de melocotón con efecto de ojos rojos, para recordar los progresos de mi vida.

“Veo que coleccionas monedas”

Montserrat comenta en voz alta. Ella descubre el frasco con morralla al lado de su foto enmarcada.

-Mi abuelo las coleccionó por veinte años como obsequio para mi papá y al nacer yo, éste me las regaló con bancaria sencillez- Respondo con la dulzura áspera de un fósforo

inútil, sin distraer mi tarea en la cocina. No necesito caminar al cuarto para mirar lo que está haciendo. La imagino erguida entre el buró y las perchas de mis camisas, buscando por fantasmas.

-Deben valer una fortuna – insiste.

Sonríó con una mueca secreta, más ella no lo puede saber.

-¿Cómo puedes tener esta colección al alcance de un ladrón? – Ella pregunta con doble risa, siguiendo el olor del guisado. Yo termino de colocar la mesa.

-Siéntate, tu *omelet* se te enfría

-Cada vez que alguien se encontraba una, mi mamá decía: Si es redonda, es mía – Monserrat explica, llevándose el tenedor a la boca sin modales. Yo le sirvo un vaso de leche, para evitar la atragante el bocado.

-Mira, jamás me sentí un numismático. Yo solo sé que sirven para iniciar un partido de futbol

-Son bonitas, pero son dinero también.

-Yo podría regalarte un monedero

-Lo digo en serio

-Yo también. De hecho, estoy confiado en mi alcancía. Hubo momentos que pensé en venderlas, pero cuando llegué a las puertas de la casa de empeños, no pude hacerlo. Para salir de la quiebra, una vez conseguí un trabajo en una zapatería y la segunda vendí mi esperma. Mi papá me decía que su joyero pagaba 750,000 por las más preciadas entre las menos cotizadas, pero hoy bien podría estarme comprando un chalet en la costa brava.

-Me parece una mala idea

-Mentira, nomás bromeaba. Poco se sabe que el abuelo quiso un cambio y los mendigos le arrojaron monedas por compasión, luego lo recaudado como capital es invaluable para mí. No obstante, la moneda cobriza que se distingue entre todos los planetas de plata, vale sobre 18,000 dólares en E-Bay. Yo la vi colocada hace dos meses.

Ella me mira boquiabierta, sin deglutir su comida.

-¿Qué tal el *omelet*?

-Bueno

Ambos callamos por un momento.

Yo soy tesorero de la melancolía. Entro en mi casa y me encuentro un sofá extraño a mitad de la sala. Un sofá raído, vencido por el peso de alguien que prefería el lado izquierdo. Los cojines están sucios, manchado de muchas edades distintas, desde la mano de un viejo hasta la barriga hinchada de un niño que aprende a caminar. Huele a flor secreta, a madre selva creciendo sobre las tristes tumbas de yeso. Si tuviera la valentía suficiente, metería la mano entre los bordes del asiento, para ver de qué nacionalidad son las monedas que alguien haya podido olvidar. Tal vez, un penique por tus pensamientos.

-Sabes, aunque estábamos peleados, he de reconocer que eres un tipo con suerte. Me ha gustado mi retrato en tu buró.

-Yo aprecio las cosas sencillas, como por ejemplo, que ahora laves los trastes

-Es lo menos que una prometida puede hacer, luego de una cena romántica. Pero, échame una mano

-¿Dónde quieres que te la ponga?

-En el trapo de secar

Yo me inclino un poco, buscando un beso. Apunto a sus labios, le atino a la mejilla.

-Pensé que festejábamos nuestro aniversario

-Yo vine por la comida y para ver si me podía robar algún cubierto

-Ok, ¿Te quedarás esta noche?

Ella brinda todas la respuestas, menos la correcta.

-Voy al baño

Consideren esto: Cada día reconocemos la casa igual que volvemos a reunirnos de nuevo en ella. Monserrat sale del baño y coloca su palma sobre el aire entre nosotros. Recoge sus pertenencias con prisa. No hay frases de despedida. Gira la perilla y abre la puerta sobre la tierra lejana. Yo rompo el silencio.

-Hazme un favor antes de irte

Monserrat no me responde, simplemente enciende las luces. Graciosamente, éramos los conocidos de antaño, pasando de nuevo a la casa. Nadie había faltado a la cita. Así que, yo regreso al cuarto, destapo el frasco de monedas y rescato el centavo de la suerte.

-Desnuda eres tan simple como una de tus manos. Algún día tendría que deshacerme de estas piezas únicas y altamente codiciadas, especialmente ésta. Qué mejor pago a tu exclusividad que con la misma moneda.

Monserrat recibe la moneda, pero se niega a aceptarla. Y otra vez vuelve a ser una mano desnuda.

-No puedo aceptarla

-Vamos, no tiene tanto valor como un Centenario de 1934, pero sí es de curso legal. Quiero que la tengas tú.

Nuevamente, ella cierra los dedos sobre la moneda y rompe en sollozo. Sin decir palabra, cierra la puerta y arroja su bolsa al centro del sofá. Me toma de la mano y me conduce a la recámara.

Despierto a la una de la tarde del día siguiente. El calor del cuerpo ausente todavía ocupa el otro lado de la cama. Me desperezco para repasar los rincones en busca de otra cara despierta que no sea la foto del buró y bostezo de manera triunfal. Cierro los ojos y me vuelvo a dormir. Sueño que le he alquilado su bóveda a Rico Mc Pato para que siga vacía, para que la burbuja de la inflación jamás vuelva a poner las habichuelas mágicas por las nubes. No lo soporto. Alguien afuera se pincha un dedo, porque las estrellas están bajas. Oro metido en oro, amén. Si supiera que aún busco su primer diente dado en trueque bajo la almohada, en reciprocidad de un deseo niquelado, ya hubiera adquirido la redondez de los bolsillos que lo contienen, mientras el quinto de mis seis brazos cambia en tobogán de espiral por donde cae un teléfono timbrando. Los dibujos animados lo hacen mejor, tratándose de vivir una situación repetida.

Despierto.

El teléfono anda suelto en un cuarto aparte y timbra. Ya alzo la bocina y una andanada de injurias llena mi oreja, comprime mis tímpanos durante el mezquino minuto que sigue.

-¡Hijo de puta mentiroso! ¡Desgraciado embustero de mierda! ¡Malparido!

-Ah, Síndrome de Tourette –comento.

-¡Que Tourette ni que ocho cuartos, pinche perro sarnoso! ¡Jodido maricón! ¡Tenías muchas ganas de chingarme, pos chinga y recontrachinga a tu madre!

-Hola, Monserrat, te extraño mucho

-Pos que no te extrañe lo que te voy a decir, pendejo. Tú y tu pinche familia son una bola de embusteros. La chingada moneda que me diste es un *token* común y corriente.

-¿Qué dices, mujer? No puedo creerlo.

-Lo que escuchaste. Ni rara ni valiosa. Ni moneda siquiera.

-Lo que quiero decir es, ¿Cómo te atreviste a poner mi regalo en remate?

-Eso no te importa. Lo que importa es que me engañaste, que me dijiste que me querías mucho como el avaro a su tesoro.

-Oye, ¿Cómo un judío gasta su dinero? Lo frota contra el piso. El amor es igual. Aunque te hubiera obsequiado una moneda de diez céntimos de Alfonso XII, fechada 1877, lo mismo habría pasado.

Ambos callamos por un momento.

Yo soy tesorero de las furias. Por desgracia no tengo para dar sino uñas.

-Sabes, puedes echarla al aire y decidir a la suerte si regresas aquí

Me cuelga la llamada.

Cara o cruz, su fama se mantiene en circulación. Por lo pronto, ya no quiero ver su foto en mi buró.

HUMOR AMARILLO

“Coordenadas geográficas para la localización de mi alma”

Jorge Pérez Morteo piensa que sufre como la tía bizca que no podía leer, porque veía el final de la frase antes que su principio. El episodio comienza cuando parte la galleta de la suerte y saca la tira de papel con larga práctica. La pronta indigestión del puercito agrisulce suscita este mensaje sin sentido, que va desapareciendo según discurre de segunda lectura.

“Encontrarás un viejo amigo”

Sí, claro. Piensa Jorge con suma gracia, si supone que ésta es una de las cien peores maneras de dar una buena noticia. Parece inevitable que él se tope con un viejo amigo todos los días. El los encuentra camino al trabajo, en la oficina y de regreso a casa. Aún en los restaurantes donde hace sus tres comidas diarias. Afirmación a la que la mesera en el *keipo* es invitada a responder, pero ella le vira la cara.

Jorge Pérez Morteo tritura la galleta en cómodos pedazos, mastica una paloma disecada que se pierde en el desmesuramiento de la boca. Pese a su sabor dulce, mejor llega a la conclusión que las delicias no guardan sabiduría ni fortuna, sino malas instrucciones. Peor aún, pese a su jocosa similitud con el *omikuj* y contrariamente a lo que se pueda pensar, el postre crujiente no es originario de China, sino del Barrio Chino de San Francisco. Se dice que el diseñador nipón Makoto Hagiwara fue su inventor en 1909, mientras que otros lo atribuyen a David Jung, fundador de la compañía de fideo chino denominada *Hong Kong Noodle Company* en los Ángeles, en 1918. Finalmente, el hueco de cada galleta puede llenar el aire. El buen Jorge lava la dentadura de restos de comida con

un sorbo de té y parte. Si lo que dice la fortuna por tres gotas de tinta es cierto, es el momento de decir hola.

Su nombre es Cintia de la Parra, o al menos ese era su nombre de soltera. Ella no parece madre en el sentido cronológico, sino una mujer de veintiséis años de la mano de un niño de seis años. Biografía significa fechas marcadas como fechas y sin memoria alguna para intercambiar la historia que las circunda. Jorge Pérez Morteo añora esta relación defectuosa del pasado, al grado de soñar frecuentemente con toparse como los viejos amigos, en el día menos pensado. Eso fue hace ocho años, ahora doblan en la esquina.

-¡Cintia!- él la llama.

-¡George! – ella responde y arquea las cejas, soportando la coincidencia.

-Hey, te convertiste en mamá

-Sí, mira. Se llama Mario Alatorre, como su papá.

-¿Cómo estás, pequeño amigo?

-¿Conoces la fábula de la zorra y las uvas?

-Está muy bonito tu cuaderno, cuídalo – Jorge comenta y cierra esta conversación infantil, para despedir al niño con una palmadita en la cabeza.

-Qué bien, fueron muchos los años sin saber de ti.

-¿Vienes a comer? ¿Los acompaño?

-George, mi esposo es muy celoso

-¿Mario Alatorre, el diputado?

-Sí, el mismo. Después de mi embarazo...Mario comenzó a imaginarse cosas, como en sus campañas.

-Bueno, yo no conozco de política, pero sé que es el amor: dos vocales, dos consonantes, dos idiotas.

Cintia hace la operación mental, lágrimas de risa reprimida acuden a sus ojos verdes. En ese momento, Jorge Pérez Morteo adivina que a pesar del hecho que ambos son casados, el tendrá una aventura. Eso fue hace ocho días, ahora se citan a escondidas en el Dim Sum Palace. Confucio dice: Hombre con un solo palillo se queda con hambre. Jorge asiente en silencio y espera en una mesa del rincón, más inquieto que de costumbre.

-Listo, he cumplido uno de tus más grandes deseos –dice Cintia a su llegada.

-¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Pediste el divorcio?

-Voy a contarte un secreto...acércate. Anoche guardé un cuchillo bajo la almohada, pues no iba soportar que me tocara una vez más.

-Vaya, me encanta el matrimonio por ciencia exacta...es una suma de discusiones, una resta de intimidad, una multiplicación de responsabilidades y una división de bienes.

-Pues ya lo arreglé

-¿Lo desfiguraste?

-Calma, de la cintura hacia arriba no tiene nada

-Ok, ¿Y de la cintura hacia abajo?

-Esa parte aún no la transporta la otra ambulancia.

-Lo mataste. ¿Tienes miedo?

-A veces, cuando es necesario. La mayor parte del tiempo, me aguanto las ganas de chillar.

-¿Sabes, Cintia? Creo que tu esposo esta aquí, de una pieza.

La mujer gira el cuello, esconde la cabeza en otro cuerpo, a plena grada al colmo de asistencia en esa pagoda de oro para gente dorada. El zombie se halla buscándolos desde la puerta. Frustrado, lleva la mano derecha al cuello de la camisa, afloja de un tirón el nudo de la corbata. De la cintura para arriba, las arrugas se le amontonan en el ceño y las fosas nasales se ensanchan, hiperventilando. Su distintiva calva semeja, a la distancia, la luna maligna del exterior. De la cintura para abajo, desprende virilidad, como el miserable ejecutado en el lento proceso del *lingchí*, o la muerte por mil cortes. A Cintia le sobreviene el hipo, lo que la delata con la policía que requisaba el lugar siguiendo su pista. Jorge Pérez Morteo se escabulle por la puerta de servicio, desapercibido a menos que se lea el mensaje de la galleta recursiva: “Latitud N 19°59’, Longitud W 75°08’16”. Mensaje sin sentido, que va desapareciendo según discurre de segunda lectura.

“Tus números de la suerte son: 43 52 16 32 7 26”.

Llegado el año de la Rata, Liu Yuan abrió el bazar de los objetos perdidos. A la manera de los chinos, su nombre tiene el complejo carácter que representa a la montaña sobre un grabado de alquimia imperial, además de significar la unidad monetaria de China. En todo el Barrio Chino es conocida la habilidad profética de Liu Yuan desde la niñez, lo que le garantiza su porción diaria de arroz. Una noche, cierto meteoro esmeralda cayó en el lote baldío que había en el 119, justo al lado de la tienda. Un golpe, un destello y un viento verde oscuro que sopló entre los montes de basura y cascajo son tres puertas de pequeños hornos para lograr el jarrón del perfecto Feng Shui. Liu Yan soñó que quien quisiera recorrer la Gran Muralla tenga 38 pares de zapatos de repuesto, para no quedarse descalzo. Buda convertido en sapo enseña que el hombre que se rasca la axila durante la travesía no

debe ser el mismo que se come las uñas de la mano. Las campanas tubulares indican que la puerta del frente se ha abierto. Liu Yuan saluda cortésmente con una inclinación de cabeza a cuanta persona cruzaba su entrada, seguro que con la ayuda del tintineo conocería la identidad del visitante.

-Mil disculpas, respetable anciano. Tengo esta dirección anotada –Jorge explica su presencia, esbozando una sonrisa con la cara baja. La ciudad blanca lo mortificaba.

-¿Para eso vas a usar tus manos de artista, para atender un papel que diga: “Auxilio, estoy secuestrado en una lavandería china bajo control de la triada” – responde el viejo y suelta una carcajada.

No entiende el chiste. Nadie nunca entiende tal sentido del humor.

-Bienvenido al Bazar de los objetos perdidos, joven. Mi nombre es Liu Yan – continuó el viejo, tras una pausa.

-¿No es lavandería?

-Muchacho, si usted lo perdió, yo lo tengo. Si no lo ha perdido, vuelva en unos años.

-Viejo, lo que busco no es algo material, sino una esencia lejana y escondida detrás de coordenadas. Más bien es como encontrar una segunda oportunidad

-Por supuesto. Debe estar por aquí, sígame.

Sacude su camisa azul y sus pantalones grises y se adentra en la tienda. Su larga trenza se balanceaba sobre su espalda al ágil ritmo de sus pasos. La buena noche le había devuelto la confianza y compañía insuperable del último cliente.

En realidad no había espacio para caminar en medio de la confusión de objetos, salvo el progreso del par de sombras encorvadas bajo la mala iluminación de los pasillos.

Finalmente, Liu Yuan señala la caja de cartón ubicada en la parte alta de un estante. No sabemos si dijo algo en su defensa, pero Jorge Pérez Morteo se estira y la baja.

-Ayer estuvo en la mesa de la ventana, pero la mala suerte merodeaba el barrio.

En el interior, una mascada de seda más espesa que el cielo envuelve el microscopio óptico.

-Debe haber una equivocación. Yo creo que se trata del objeto perdido por Sacharias Janssen

-Tu destino está allí, ojos cafés.

Jorge Pérez Morteo acerca la vista al ocular, ajusta la perilla hasta distinguir la superficie clara de la platina y se descubre a sí mismo reducido a la perfección

con la atención puesta en su propia persona. Mirando el enorme ojo ciclópeo al final del tubo, seguro de reconocerse.

Jorge Pérez Morteo saluda con la mano. El gran ojo parpadea.

Sí, claro. Piensa el viajero con suma gracia.

Jorge Pérez Morteo se detiene en la boca del cráter que forma el ombligo de Jorge Pérez Morteo. El sonido de cascada sube desde el profundo abismo que hace esta depresión en la piel. La exposición de un ombligo desnudo ha sido un tabú en la cultura de los pueblos, ya que la cicatriz de nacimiento ha sido considerada un estímulo visual erótico, pero Jorge Pérez Morteo duda en la sacralización del *omphalos*, por lo que vacila en bajar y momentáneamente padece la embestida de la pelusilla del ombligo. Enseguida, la carnalidad rocosa que la bruñe el sudor, los efluvios de comida digerida y los distintos

humores. Tenía que familiarizarse con su propio cuerpo, tenía que volverse temblorosamente consciente de la energía vital del Qi. Tenía que mantenerse en guardia y en el reverso, recobrar su cuerpo, nadando en una playa extraña a su destino.

Jorge Pérez Morteo se sienta al borde del orificio y piensa en la vía de acceso para la realización de laparoscopias.

En el vacío se puede esconder la tortuga celeste, pero Jorge Pérez Morteo se hallaba dentro de su propio estómago. El temor inmediato es que los movimientos de contracción que poseen las paredes musculares del estómago lo transformen en quimo. Silencio adentro. Jorge se derrumba ante el inesperado borborigmo y pasa el cuerpo a rastras por las criptas de Lieberkum en su vía de escape.

Las coordenadas de su mapa lo dirigen a la parte inferior del mediastino medio, entre el segundo y quinto espacio intercostal. Conforme a los apuntes del libro *Corpus Hipocraticus*, toda la sangre que proviene del cuerpo total, desemboca en el atrio derecho del corazón, a través de la vena cava inferior. Esta sangre, baja en oxígeno, pasa al ventrículo derecho, donde alcanza la circulación pulmonar por la arteria pulmonar con el auxilio de la válvula que semeja un nido de golondrina e impide que la sangre retorne al origen, alcanzando con tendencia los pulmones, lugar donde recogen oxígeno como parte del intercambio gaseoso de la respiración y sale por las venas pulmonares, cruzando al lado izquierdo del tabique interventricular en vuelta de paseo por el corazón, de donde la aorta parte de la base del ventrículo izquierdo para distribuir el flujo por todo el organismo en el momento que se contrae en la sístole y, formando un arco, desciende hacia el abdomen donde la parte más distal da origen al tronco celíaco que emite las arterias coronaria

estomática, hepática y esplénica y riega el esófago, estómago, duodeno, bazo, páncreas, hígado y vesícula biliar. Precisamente allí, dorsal al cuerpo del diafragma, Jorge Pérez Morteo atracaría en el páncreas mismo. A ras de tierra sumergida, entre los islotes de Langerhans, sobre el correcto azimut, grita un marinero muerto la ubicación en el espacio retroperitoneal. Al fin y al cabo, se trata de un órgano muy difícil de palpar y en consecuencia sus procesos tumorales tardan en ser diagnosticados mediante el examen físico.

El naufragio lo contiene todo: la desolación de la playa, el esqueleto de un barco que se hunde en la arena, aquel mar embravecido, lleno de maderos, toneles vacíos y fragmentos de tela que destiñe el sol. El viento, sus astillas. El corazón sin su avidez. El paisaje de una cueva donde el invencible argonauta supone hallar el tesoro más grande que el vellocino de oro. Nuevamente, la manera de repasar una garganta es asomarse al interior y Jorge Pérez Morteo se topa con Liu Yuan por segunda ocasión.

-Esperaba a Zheng He, el gran descubridor –exclama el viejo, sentado en posición de loto.

-Estoy enfermo.

-Cuenta la leyenda que los soldados heridos de flecha aseguraban sentir un retraimiento del dolor en determinadas partes del cuerpo durante la ciega paciencia de la muerte. Pasa, podemos seguir esta conversación en una sesión de acupuntura.

-Yo no podré quejarme si no encontré lo que buscaba

-Antes de saberlo, atrapé un pescado pero fue imposible comerlo. Ahora lo que necesitamos son las espinas. Curiosamente, Hua Shou utilizaba alfileres de carey transparente y espesa plata, en lugar de agujas filiformes de oro.

-No me importaría si fueran los propios clavos de la crucifixión.

Jorge Pérez Morteo se recuesta un momento sobre su mentón, luego deja la mirada perdida hacia el panorama afuera de la gruta, aquella aurora llena de nervios luminosos y lluvias bailarinas de un humor amarillo. Nueva linterna en los labios para retrotraerse ante el gran cielo de su cuerpo en el rincón más pestilente de la brisa y ese mar de sangre en el horizonte, febril por siglos. Periférico, Liu Yuan se incluye en el rabo del ojo y sólo resta el sigilo de las yerbas calcinadas con la velocidad de sus bujías en la moxibustión, rebotando en palabras calientes de niebla contra las pinturas rupestres en las paredes para que nadie dude la infinita belleza de los equilibrios contrarios.

Y entonces empezó la cura.

“¿Qué basura metafísica es ésta?”

Jorge Pérez Morteo piensa que las coordenadas a la vista son una cita mal doblada en su idioma, dónde basta un pájaro de papel de regalo para perder el miedo a volar. El episodio comienza cuando parte la galleta de la suerte y saca la tira de papel con larga práctica. Según la creencia china, hay un tao que sigue un largo viaje hasta pasar por el mismo punto que se empezó, pero todo lo que se necesita es una enorme cruz de malta marcando la localización del dolor en un mapa.

INSOSPECHADAS PROPIEDADES CURATIVAS DEL GRUPO A SANGUÍNEO

Uno a uno, Santos y beatos entraron a la Iglesia en constante factor de encogimiento de sus conexiones espaciales, tomando sus turnos en la siguiente sacudida que pide se quiten el sombrero al entrar en ella, nunca la cabeza, siendo que pretende verse en ello el dedo de Dios, si esta fundación es la mayor caricia de Dios al mundo. La comunidad lo supone, pero a vista del catolicismo, la iglesia está referida al gobierno eclesiástico general del Papa, sus concilios y preladados en lugar de los edificios y templos cristianos, aunque debido al difícil libre acceso hacia la carne, también lo es la inmunidad del que se acoge a lo sagrado. En función de la enorme fe, la obsesión de transportar los montes cambia al santuario ensimismado de los misterios, donde una nueva contracción sacude aquellas almas desafiando el teorema de Liouville, que establece un recinto invariable en volumen, a pesar de la indómita fuerza que se moldea en los contornos y la puerta, estremeciendo las lámparas, las velas, los exvotos para recuperarse de alguna enfermedad o desventura, la pila del agua bendita, los humos del incienso, el salmodiar y el kirieleisón, conjugados sobre la hilera de trémulas siluetas que desfilan a su interior, uno a uno. Está visto y probado, la iglesia reduce sus proporciones otra vez.

Uno a uno, ellos acuden con una cara inservible que representan los días y temporadas festivas, las procesiones, los ángeles secos de sí mismo y los monasterios que nadie sabe de sus llaves. La apacible vida en el monasterio se centra en comulgar de mañana, orar, dar un paseo y bendecir a las criaturas grandes y pequeñas, orar, beber vino, orar, comer queso, orar, volcarse en la confesión de los pecados y la penitencia, orar y orar, dedicar diez horas al trabajo ingrato de amanuense, orar, dormir. Es sabido que el hábito no

hace al monje, especialmente con un pasado como inquisidor. Bajo el papado de Juan XXII, a tan solo dos días de la llegada de los franciscanos, el padre abate ya estaba cansado de preguntas como: ¿Por qué Dios tardó una semana en crear el universo? ¿Por qué no debemos creer en fantasmas, más sin embargo aceptar el Espíritu Santo? ¿Por qué Dios no enviaba a otro ángel a exterminar a los judíos si fueron los asesinos de su hijo? ¿Con quién se acostó Caín para tener hijos si estaba sólo en el mundo? ¿Por qué no empezamos siendo viejos y acabamos siendo niños? La única iglesia que ilumina es la que arde, por ello el padre abate abandonó su celda en el convento, para perseguir el ave dominical del Champagne y otras indulgencias.

La iglesia reduce sus proporciones otra vez.

Uno a uno, pero no todos. Santo Tomás de Aquino, máximo representante de la tradición escolástica que intentó utilizar la filosofía grecolatina clásica para comprender la revelación religiosa del cristianismo, con todo su alto precio de frustraciones, hizo su misión personal la refutación sobre el cupo de los justos. Su trabajo más conocido es la *Summa Teológica*, o lo que es lo mismo *Suma no nula y sigue y sigue*, tratado en el cual postula cinco vías para demostrar la existencia de Dios. Le siguen *Perché ho detto così*, o *Porque yo lo digo*. Primer libro de Santo Tomás, bañado en oro, y *Prova dell'esistenza del Dio*, o *Pruebas de la existencia de Dios*. Tomo de cuatro dedos de grosor, utilizado mayormente para callar tanto a gentiles como a la gente hereje a golpes. Por su parte, la era de la Ilustración refuta el derecho de hablar a favor de Dios si no se tiene la valentía de hablar a favor del hombre, constituyendo doctrinas variadas que exaltan el libre albedrío y una clara muestra de lo que se llama anarquía.

La iglesia reduce sus proporciones otra vez.

Arodazi Lativ tiene que parpadear, porque si no empezaban a llorarle los ojos, vertiendo lágrimas de espesa sangre. El fenómeno atrae a cientos de curiosos que desean ver de cerca su rostro mojado con el escurrimiento de lágrimas rojas y uno de los ojos pegados con la sangre. Quién la ve, adivina las marcas de estigma. Pero la documentación de los arrobamientos y milagros no la incluyen como dato asombroso, porque la hemolacria es mayormente síntoma de un sinnúmero de enfermedades, desde conjuntivitis bacterial hasta un tumor en la cavidad de la nariz. Alicia sobrevive su hagiografía que hoy cumple cien días, mientras la noticia que acapara todos los periódicos del mundo trata sobre una niña saudí que llora piedras en lugar de lágrimas con un factor Rh.

-Doctor Padilla, ¿Qué opina de las niñas que lloran piedras?- reclama la madre de otra niña que lloraba trocitos de madera, en Argentina.

-No me asombra, señora. También las he visto llorar lágrimas de cocodrilo.

-Ellos no ven un acto de circo, Doctor, sino a la artífice de sus milagros...

-Bah, las mujeres a fregar, he dicho

-Hija mía, ¿Alcanzás vos a ver tu vida convertida en una beguina?

-Sí, mamá – le responde la niña con astillas en los lagrimales y acerca la mano a su regazo para alcanzar un *kleenex* de la caja que ella sostenía.

El truco para llorar piedras es primero ponerlas allí. Arodazi Lativ lo sabe, y aun así cierra los ojos y llora su volemia por la peor desventaja de la madre Teresa de Calcuta. Lo cierto es que la misionera dedicó su vida entera al rescate de niños enfermos y villas hambrientas. Desgraciadamente no pudo ser declarada una santa, porque nunca llevó a cabo un milagro. Por ello, no era difícil encontrarla desesperada por realizar un milagro al final de su vida, al grado de verla dirigirse a uno de sus niños menesterosos y decirle: ¿Qué

tenemos detrás de tu oreja? Mira, una moneda. En esta dura competencia de los milagros, Jesús hace la promesa de volver a caminar sobre el agua, pero en esta ocasión se hunde. La justificación dada a los siguientes intentos fallidos es que la primera vez funcionó porque no tenía agujeros en los pies.

La iglesia reduce sus proporciones otra vez.

El taxi frenó.

Arodazi Lativ se baja ligeramente desorientada y empieza a discutir sola, recreando el famoso dialogo de Boecio y filosofía, personaje alegórico femenino que se aparece para aclararle al pensador romano el problema del destino, de por qué los malvados logran recompensa y los virtuosos no. Acto seguido, camina de espaldas para no extraviar el armario, donde, se dice, debe estar guardada la *Rota Fortunae*, o rueda de la fortuna.

La iglesia reduce sus proporciones otra vez y el tamaño de su magnífica estructura ha disminuido de tal manera que la nave principal alcanza apenas los diez centímetros por encima de una persona de estatura normal. La pregunta es: ¿Tendrán los cinco venerables unidos al anabaptismo que empezar a agachar la cabeza en su turno?

-El templo pronto desaparecerá, señores –comenta el monje en el segundo lugar de espera.

-Un escenario de salvación por la fe y no por las obras. Entonces, ¿Para qué chingados copié la *Poética* de Aristóteles durante cincuenta años de mi vida? –añade el monje en la tercera posición.

-Desde mi sitio en la fila, es muy parecido al dilema celebrado por Pierre Corneille: Me hace falta una mujer, luego tengo que casarme. Pero soy monje y no puedo. Más no

quiero ser tomado por gay, ni renunciar a joder novicios –exclama la persona en el último puesto.

-Debemos encontrar la verdad dentro de nosotros mismos –sugiere el primero en hablar.

-No te derrames fuera. Usa un condón –voltea el fraile próximo a caminar y lo calla.

-¿Qué religión eres? –Alguien le pregunta por encima del hombro.

-Temeroso de nuestro señor. Igual que tú, hermano.

-¿Católico o Protestante?

-Protestante

-¿Episcopal o Pentecostalista?

-Pentecostalista

-¿De la Iglesia de la Nueva Jerusalén o de la Iglesia Adventista?

-De la Iglesia Adventista

-¿De la de la Iglesia Adventista del Séptimo Día o de la Iglesia Adventista del Séptimo Día Movimiento de Reforma?

-De la Iglesia Adventista del Séptimo Día Movimiento de Reforma

-¿De la Iglesia Adventista del Séptimo Día Movimiento de Reforma de 1879 o de la Iglesia Adventista del Séptimo Día Movimiento de Reforma de 1925?

-De la Iglesia Adventista del Séptimo Día Movimiento de Reforma de 1925

-Hazte a un lado, desgraciado apóstata –reclama el confesor y lo desplaza en la fila.

La iglesia reduce sus proporciones otra vez, obligándolos en conjunto a ponerse de rodillas. La segunda cosa que pasó fue ésta: El ansia hace presa de Arodazi Lativ, con sólo tres turnos por delante en el desfile de las antorchas fálicas. Y estimulado el cuerpo, se

siente impulsada a brincarse la fila. Ella avanza a saltos de burro sobre los ascetas sometidos de hinojos contra la redondez de la tierra, con brazos extendidos a los lados para que su alma no les abandone durante el movimiento de rotación e ingresar hincados a la reducida ábside de tanta conmoción temprana. ¿Salimos o entramos? Ahora, Arodazi Lativ es una con el frío que baja del coro, el que endurece sus pezones y le hace reclamar su divergencia hacia la doctrina.

-Yo creo en el gran cisma de la Iglesia Cómica. Por ejemplo, los ministros payasos pueden hacer reír a los feligreses durante la misa de gallo, tienen permiso de colocar cojines inflables que simulan la expulsión de pedos ruidosos entre los almohadones de los bancos, los sermones duran un poco más debido al uso de pantomima, otorgan el bautizo con una cascada de pompas de jabón, celebran la comunión con galletas de chocolate, animan a los niños a tronar un globo a mitad de la oración colectiva. Por otra parte, los santos son malabaristas, enanos de circo, magos y saltimbanquis.

Arodazi Lativ es un sinfín de lenguas pulidas, pero el eco de su voz le hace recordar que está sola. Incesante, la iglesia reduce sus proporciones otra vez y agrede su trasero.

-Anatema, pues...

Ella se arrastra al exterior, totalmente cabizbaja.

-*Oh, my Dog!* – exclama al voltear y mirar la catedral del tamaño de una perrera.

Los dos individuos en formación son las mismas córneas de un perro muerto, conservando el signo mutable de la vida por un hueso duro de roer.

-Muchachos, espero que ustedes tengan mejor suerte que yo.

Arodazi Lativ aborda su taxi y parte.

La iglesia reduce sus proporciones otra vez y alcanza el tamaño de una nuez.

El último en quedarse fuera ya gime, tiembla, llora, se sacude en su impotencia, mientras la sangre mística y redentora de sus sienes forma dos charcos en las clavículas, se escurre en la túnica e inunda de calor el átomo que recuperó su inmovilidad, donde Dios se hace el dormido y se cobija hasta la cabeza.

EL LIBRO VALE LO QUE CUESTA

Se cuenta que Jorge Cuesta, espíritu atormentado, al que suicidarse una sola vez no le era suficiente y mucho menos disculpa, perfeccionó el diccionario con prestaciones elitistas siendo poeta y editor, cuando en 1927, publicó su polémica *Antología de la Poesía Mexicana Moderna*, donde fuera acusado de darle trato preferencial al grupo de jóvenes intelectuales del que era integrante, mejor conocido como *Los Contemporáneos* y cuya unidad se impuso tibia bajo la tutela de José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública durante el gobierno de Calles. Precisamente, fueron los nombres de Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet, Gilberto Owen, José Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo y el propio Jorge Cuesta los mayormente agrupados en torno a la revista “Contemporáneos”, cuya publicación comenzó en 1928 y los mantuvo activos hasta 1931, para después de ello convertirse todos en los contemporáneos de ayer. Sin embargo, fue un autor no recomendado, que se quedó inmóvil en el número de los incluíbles, el que al ver la prosperidad cultural de la *Antología de la Poesía Mexicana Moderna*, exclamó: El libro vale lo que cuesta.

-¿Me va a escribir una dedicatoria, joven? – pregunta la mujer detrás de mí. Ella porta en sus manos mi reciente libro de poemas.

Sospecho que me han reconocido en medio de la librería. Sin mediar palabra, tomo el libro y abro la portada para dibujar una flor en su primera página. Lo devuelvo. La mujer en la caja registradora frunce el ceño. Recibe el libro y lo gira de esquina a esquina hasta que lo detiene para fijar los ojos en el dibujo hecho por mí.

-Hay un error aquí – exclama

Yo miro con pánico la secuencia. Estoy a punto de arrebátárselo y plantárselo en la cabeza, pero supongo que tienes que ir a las librerías con los ojos bien atentos, para oír el llamado del libro destinado a ti.

-Es etiqueta roja...tiene un 70 % de descuento.

-Voy a estar quemando mis libros en el pasillo de Poesía –indico.

Traigo un poema en punta de la lengua, se trata de la golosina que hace mi musa como pepitoria casera. Sin embargo, los amigos del poeta disfrutaban abrazándolo como una metáfora inmutable. ¿Qué opinas de esa flor? ¿Qué te evoca? ¿Qué sientes?, ellos preguntan y cada uno espera su momento para vitorear el banquete de las letras. ¡Sí, sí, que hable el poeta, que hable el poeta!

Por fin, un verso.

Dime con miles Dire sin AS tales No dice

Alas, dame once son ate eleven TIMES late

Sea cave can DO lame grave has curse robes

hay PIE quite teas comes pan baste lean FIN

Res ipsa loquitur. La cosa habla por sí misma, es decir, su inteligencia resulta autoevidente. Sin embargo, la jerigonza de versos llamó la atención del Procurador General de Justicia por sus dobles sentidos posteriores que lo llevaron a la pesquisa y aseguramiento de la camioneta Hummer estacionada frente al Hotel Wallpaper, que se apega a la descripción. Se trata de una camioneta Hummer H3T, de color oro, con detalles cromados y unas llantas de 22” para verla planchada al piso, buscada de oficio tras choque y huída cuarenta y ocho horas antes y que en la costumbre de un buena noche de felonías, atropelló y quitó la vida a dos menores pidiendo limosna en un cruce de semáforo. Cual lenta madre

de ninguna tortuga, pasa tripulada por condecorados soldados sin piernas, aunque la unidad se prefiere propiedad de Jorge Cuesta, músico de un restaurant-bar perteneciente al Cartel de Sinaloa. El verso tres brinda detallada información respecto a la localización del clandestino taller de laminación y pintura donde el automóvil fue reparado, *hojalateado* y retocado a dos manos con esponja submarina. Si se desmenuza una teoría de instantes de las saluciones periciales, se nos asegura que todas las ruedas están girando, pues su probable móvil acusa que las nueve pistas son hijas de Mnemósine y Júpiter. Una de ellas, indica el sitio preciso, bajo el dibujo de la llanta frontal derecha, la media circunferencia y la media espiral de un compás de geometría, útiles para separar los fragmentos astillados del cráneo de una de las víctimas. No solo la juntura encaja a la perfección, como una pieza suelta de rompecabezas, sino que los médicos patólogos son capaces de practicar una prueba de ADN, tan clara como la palangana con los huesos, *ergo* el ciudadano MP obtiene otra irrefutable evidencia dentro del curso de la averiguación previa y suficiente para librar el auto de formal prisión contra quien resulte responsable. Por ejemplo, el forense es capaz de validar la rara ausencia del antígeno AB, presente en todos los grupos sanguíneos, pero ausente en algunos fenotipos japoneses, hawaianos y samoanos. El nombre del niño era Juan Jesús González Tualualelei. Sin embargo, cuando las actuaciones del abogado defensor validaron que el mencionado Jorge Cuesta, junto con su esposa y sus tres hijos de costado, viajaron de vacaciones a Disneylandia Anaheim en los dos días previos al accidente y asimismo quedó demostrada por la parte acusada su precisa coartada mediante la presentación de los boletos de entrada a la atracción *Peter Pan Flight*, justo en el preciso momento que la camioneta Hummer presagiaba resbalar por la espalda de los peatones condenados a su triste suerte. Lo que alcance de la investigación permite y confirma, Juan

Jesús González Tualualelei depara el auto de formal prisión para Carlos García Marruz, Capo del Cartel de Sinaloa, quién había tomado “prestado” el vehículo del trompetista por una semana, para visitar a su amante, aburrída en el arco de viola. El cuarto verso quiere decir: *“Similar al estupor de un nacimiento en violeta, surge del mar la oleada de refugiados españoles cada mañana. Los que dejaron atrás una guerra civil, vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en el océano, a cuatro o cinco leguas alejado del más sólo y secreto cementerio marino. Subiendo la cuesta, yo llego a un punto donde tengo derecho a trabajar donde me obliguen”*. Estrofa que por mera casualidad son las misma palabras de esta mujer en su defensa. Por desgracia, el verdugo es el sujeto más amistoso de todos. El momento que la mujer citada a declarar nos agranda su desenvoltura en carcajada, principalmente por los cuatro agentes de la AFI presentándose a custodiarla hasta sano juicio, un secreto admirador de sus ojos verdes disparó una bazuka desde una azotea vecina, para llevar al olvido de la historia los chiflidos callejeros. Pocos saben que tal arma recibió el peculiar nombre por su semejanza con el instrumento musical inventado y usado por el comediante Bob Burns, tan cómico como lastimero donde canta en una ferretería y transcurre una larga pausa cual si estuviese encerrada en una urna, entonces tomó un tubo de fontanería e improvisó soplar en un extremo, consiguiendo un inusual sonido nuevo para nosotros. Con modificaciones, el informal clarín fue bautizado *bazooka*, del vocablo alemán *bazuin*, trompeta. En un pestañeo ocurre otro pedazo arrugado, en tanto el estruendo que destruyó la centenaria puerta de la Preparatoria de San Ildefonso, borra el furgón DKW N1000 que conduce al cortejo, junto a dos motocicletas patrulla. Pum, a chingar a su madre. Se ha ido el mañana, dejando toda alfombra roja despejada para el resto de las competidoras por la corona de las fiestas del Carnaval de Mazatlán contemplando el sorteo

de la bola blanca, a menos que el mismo sea manejado por eliminatorias de *limbo*. Finalmente, la cabeza reducida del poeta malogrado, en adelante solo piensa en aforismos. La vida imita al arte, pero su modesto autor, además, corrigió el texto definitivo que prevalece al cierre. Mi latín, para poder comunicarme entre los latinoamericanos. *Slang humanum est*.

El libro vale lo que cuesta y lo escribí sobre una moderna interpretación del Bardo Thodol, o libro tibetano de los muertos, del modo que Georges Bataille y Salvador Elizondo y otros contemporáneos lo hicieron con logrados textos proféticos. Cuesta es chascarrillo de costo, no procesión. Vuelvan al principio y léanlo de nuevo. Adquirirá mayor sentido en cada intento. Vamos, confíen en mí.

SOY PEPITO, NO HAREM TRAVESURAS

Hamaca Sutra, o el arte Maya del amor, se trata de una libre adaptación regional del texto hindú llamado *Kama Sutra*, especie de manual de posturas cómodas e incómodas para realizar el acto sexual. Originalmente redactado al sánscrito bajo 36 capítulos que versan sobre siete temas diferentes entre los puntos más sensibles de la pareja, *Kama* hace referencia a la plenitud de los sentidos y la gratificación sensual, no indica precisamente el mueble que se utiliza para dormir, aunque tal admite otras actividades alternativas, y por lo tanto, *Hamaca* significa en quiché “red para pescado de la plenitud sexual y disfrute estético de la vida. Respecto a los *sutras*, el autor Vatsyayana creía que había ocho maneras básicas de tener el coito y ocho posiciones principales. El *Kama Sutra* tiene un total de 64 artes, misma que son inútiles para el lector occidental si no cuenta con una novia para fornicar o dinero para prostitutas. Entre todo ello, los judíos no se podían quedar atrás, luego prevalece un texto escrito en hebreo sobre la sabiduría del cortejo, mejor conocido como *El Cantar de los cantares*, aunque el libro desmerece por falta de imágenes. Mientras que para la lengua inglesa, Shakespeare dejó en el tintero su propia versión del *Kama Sutra Trágico*, en el cual la última posición consiste en que ambos amantes mueren ahorcados con sus propias piernas. Lástima.

Yucatán cuelga su hamaca. Una de las fiestas más populares en Mérida es el día de la hamaca, cuando toda la región se pasa el día entero tumbado en una silla mecedora, rara vez en una hamaca. Cuenta la Mitología Maya que Kukulcán llegó del poniente y le regaló sus genitales disfrazados de bejuco colorado a la princesa Ixquic para hacerla obediente, pero ésta encontró en la primera cachetada la manera de hacerse de una jarcia. La tensión

que soporta la hamaca es transversal en relación a la urdimbre y el número de ocupantes en vaivén. Dos locales se miran con ansia mutua.

-Qué interesante, ¿Son calzones de peluche? –pregunta él

-No traigo calzones –responde ella, toda cándida.

-Yolanda, pareces una bolita de amor

-No me hagas esperar, nene

El mecimiento se detiene y los enamorados se van mordiendo a besos, cuando sólo los locos y los pobres caminan descalzos a medio día. La curva del peso separa las rodillas y la dueña fascinación los hace una piedra de indulto. Pero, ¿Qué pasa? Más prendido ese beso.

-Chale, ¿Quién es ese señor? –pregunta él

-Puf, es el narrador omnisciente. Yo le dije que podía ver si se estaba calladito.

-No querrá tomar fotos, ¿verdad?

Es sólo el viento, no hagan caso. Sigán, sigán. Aquí dejo explicado.

-Ya me tengo que ir –decide Yolanda bajarse de la hamaca.

Pepe gira dentro del bramante sin decir palabra, pues una sola palabra puede arruinar un romance. Los monjes hamaqueros meditan de cuclillas. *Tú nunca me lo preguntaste, por eso nunca mencioné algo*, éste piensa.

-¡No me digas nada! –exclama Yolanda, dándole prioridad a la música.

Pepe la mira desnuda todavía, escondiendo la eyaculación en una servilleta, pero los minutos pasan y el vestigio de un desaire da paso a la mujer con su tanga y sentada al espejo, quién gira sobre su cuerpo hacia él para lanzarle improperios el momento que se halla varado en su visión, para someterlo a su mensaje hecho de ladridos, consiguiendo

herir alguna llaga abierta de modo que el puño golpea a la mujer furiosa en un acto reflejo. Tan fuerte como daban sus fuerzas, rompiéndole la nariz. Entonces despierta y se da cuenta que ha golpeado a una mujer por vez primera y corre como un animal asustado, para no regresar jamás a lo largo de los años.

-¿Cómo se llama ella? –Pregunta Yolanda, leyendo la mente.

Su nombre es una larga historia. Repetida un millón de veces, al grado de haber desarrollado episodios con frases apócrifas para ganar audiencia, aunque honestamente, ya llegaba a ser aburrida la recitación.

-Dios perdone a la puta de Anita –dice.

-¿Quién es Anita?

-No sé *quién* es Anita. No tengo una idea de su paradero desde hace diez años.

-¿Qué diablos tiene que ver Anita con mi pregunta?

-Anita viaja hacia el pasado. A su izquierda, escucha vagas conversaciones. Adelante, desiste de fingir que compartimos un rumbo a bordo del camión urbano. Yo cruzo la ciudad para dejar atrás la calle con su nombre. *La première passion*.

-Ajá. ¿Se han vuelto a ver?

-Imposible, debes saber que ella siempre halla colocarse donde más calienta el sol.

-Ay, Pepe, cómo te engañas...

-Oye, nosotros estamos bien

-Por un rato

-Negativo. Tú eres mi más grande amor hasta ahora.

-Puro pedo el tuyo

Ambos quedan callados en una ilusión samaritana. La transgresión de esa indolencia sucede con una despedida.

-Bueno, debo ir a darle de comer a mis gatos

-¿Te quedas esta noche?

-Lo siento mucho, nene. Mejor en otra ocasión, cuando regrese preparada. Tú sabes mi problema respecto a usar la misma ropa durante dos días.

-Está bien, preciosa.

Pepe adivina que no volverá a ver a Yolanda en la vida. El harem regresa al cero población. Pepe gira dentro del bramante sin decir palabra, pues la perorata a muchas les parece mayor descaro que poner las manos en sus senos. Yolanda parte, pero ya no se sabe si ese es su nombre. *Arrivederci cara mia*. A esa parte fresca de la hamaca, Pepe sube los pies y se suelta a dormir con la mansedumbre del suave balanceo.

José Candelario Trés Bien entabla otro tremendo caso ante el tremendo juez de la tremenda Corte. Éste, en su escrito inicial demanda al Jardín de Niños “Elena V. del Toro”, a su Directora, a la Maestra de Tercer año y a quienes resulten responsable por daños y perjuicios e insiste que su bola de plastilina merece una calificación mayor que 8.5. Justina, su secretaria, le pasa una nota a mitad de la audiencia del 221, indicándole que tiene visitas en su oficina. Al mismo tiempo, el abogado de la parte contraria pide un receso. José Candelario mira su reloj y espera a que el juez tire una moneda al aire para decidir la fase del proceso. La bola de plastilina pide una explicación. De vuelta a la oficina, José Candelario se lleva la sorpresa de su vida cuando descubre que su visita es Xaviera Mattos, su novia anterior a Yolanda.

Xaviera se levanta del sofá de piel y abraza al recién llegado con entusiasmo y elegancia.

-¡Pepe, estoy de vuelta!

-Ya veo...¿Cuánto...cuánto tiempo ha pasado?

Ella esboza un aire pensativo antes de dar su respuesta.

-Me parece que dos meses. Pero, ¿No te parece hoy un hermoso día? Lo asegura el reporte meteorológico para las próximas veinticuatro horas.

Pepe desarrolla un momentáneo hipo. Tras quince días de relación, había sido su penosa decisión romper con Xaviera, por culpa de Yolanda, que apenas duró una noche.

-Pos está haciendo fresquito

Xaviera vuelve a tomar asiento y cruza las piernas, mostrando más piel que arroje el espíritu y la figura.

-¿Qué te trae de nuevo a mi telaraña?

-Claro, tu hamaca. Mira, preferiría un poco más de amor y formalidad, pero me aguanto.

Ante ese acuerdo tácito, decide invitarla a comer, luego de compras al Mall. Llegada la noche, a una cena romántica en *Cabiria's* y el brindis final con una botella de Sauvignon dentro del cuarto alquilado de un hotel.

Conforme a las artes del Kama Sutra, un hombre bien instruido debe tener una casa en algún barrio importante. Debe tener un garaje y por lo menos tres instancias, pero nunca habitarla, pues el juego es perderse en un trabajo de ocho horas diarias en otro rincón de la ciudad. A veces en todos lados, con ganas de cambiar el mundo. Igualmente, un hombre bien instruido nunca duerme, porque tiene miedo de desaparecer en uno de sus sueños.

Aunque debe prepararse en la mañana y afeitarse diariamente, aplicar ungüentos y perfumes, vestir a la moda y crear palabras inteligentes que salten de su boca, toda esta prestancia para ganar a la misma mujer que desean todos. No faltara quien diga que tal arreglo poco difiere de la lectura de Cosmopolitan.

José celebra guardar el apunte de cosas importantes en un papel. Al caso, los amantes revisan la postura 69. Pero hablando de falta de precisión, salta al intercambio la posición sexual 68, que se establece en la conformidad de “me la chupas y te debo una”. La postura 70, implica una *chupadita* extra. La ocasional postura 71, dos dedos en el culo.

-Wow, no sabía que eso fuera permitido –exclama Xaviera, en medio de la obscuridad

-Ayuda mucho lo estático del cuarto –responde José, un tanto sofocado.

-Otro día deberíamos intentarlo al aire libre, un millón de perros callejeros no pueden estar equivocados.

-Seguro

A pesar de la promesa, Pepe adivina que no volverá a ver a Xaviera en la vida. La mañana siguiente, Pepe abre los ojos y descubre la almohada fuera de su lugar que indica una despedida. Sin darle mayor importancia a esta clase de puente entre dos historias, éste vuelve a cerrar los ojos, para dormir otro rato, mientras olvida por completo a Xaviera y las ampollas de la espalda disminuyen.

Wendy ya no usa su uniforme viejo cuando acude al llamado de auxilio.

Wendy toma la llamada de CompuServe. La sorpresa de José al encontrarse con Wendy es enorme. Ellos habían salido juntos durante dos meses, hasta que ese amor queda

atrás por culpa de Xaviera. Ella le confiesa que piensa mucho en su persona cada vez que se topa con un Picasso y lo perdona por su infidelidad. Mirando su sinceridad y su escote, Pepe decide recogerla a la salida del trabajo, luego ir a comprar unas cervezas, juntos, para acabar teniendo relaciones en la playa fluorescente. Al dejarla en casa, Pepe adivina que no volverá a ver a Wendy en la vida.

Vanessa sale de un comercial de teléfonos celulares, al medio tiempo. José dice que la manera de ver la vida de cerca es verse reflejado en un juego de fútbol. El regreso del juego te hace gritar por un gol anotado, por otro gol invalidado. José vivió con Vanessa por seis meses, justo antes de involucrarse con Wendy y, posteriormente, con Xaviera y Yolanda. Vanessa atraviesa el bar y lo besa en el cuello y le susurra: “*¿Solito, amor? Ven a Telcel y cómprate un Amigo*”. Una cosa lleva a la otra y ambos terminan durmiendo juntos esa noche, mientras la parte del desvelo disfruta darle una soplada a la primera taza de café por la mañana, pero Pepe adivina que no volverá a ver a Vanessa en la vida. No obstante, la experiencia le deja una inquietud de que algo raro está pasando.

Lo que resta del mes, José Candelario Trés Bien vuelve a reencontrarse con el resto de sus amoríos del pasado, en estricto orden inverso: Ulrica, Teresa, Silvia, Roxana, Queta, Patricia, Olivia, Noemí, Monserrat, Lucía, Karime, Judith, Ilse, Helena, Galatea, Fabiola, Estefanía, Dolores, Carolina y Brenda. Todas y cada una, doblan la esquina sobre las eternas calles de la memoria, con la locura al hombro para reanudar el coito interrumpido y luego desaparecer más invisibles que ficheras, para siempre. La Capital es su empresa, en lencería fina o barata, pero cada una de ellas deja una parte de la suma de la mujer perfecta. No hay duda, se trata de una y mil mujeres renacidas en la apsara. Yolanda y su hirsuto pubis. Xaviera y sus pantorrillas sagradas. Wendy y la doble noche de su busto, sendos

globos de luz. Ulrica y el fetichismo de sus pies. Teresa y el posible sabor de la ambrosia en sus besos. Silvia y la premeditación de cada caricia. Roxana y la altura de sus hombros, eximiendo de toda culpa a los maniqués. Queta y la inopinada mariposa que acomete en sus pestañas. Patricia y esos ejercicios de Kegel contra su pene. Olivia y el influjo de su cabellera, las orejas escondidas en la suave teoría ondulatoria. Noemí y su vientre plano, el ombligo propicio para decantar néctar. Monserrat y su sensual voz rodeada de mecidas partituras. Lucía y su trasero reconocible por sus efectos alucinantes. Karime y esa rumba que es la impaciencia de su cintura. Judith y su delicado cuello, donde pende un talismán contra los sentimientos solidificados. Ilse y el tigre tatuado en su espalda. Helena y su rostro de flor, eterna. Galatea y su dentadura que triza los granos de café. Fabiola y la desinhibición de su cuerpo ante nuevas experiencias, la generosidad de sus cavidades. Estefanía y su sabiduría hasta en la sopa, con un hervor de picardía y sahumero. Dolores y su tersa piel, escurriendo ojos en la rutina del baño. Carolina y el antídoto de su risa y Brenda, mucho más delgada que su sombra. Conato de gineceo con detergente, con *lipstick*, con estrías.

Hacia el final del mes, la conjetura degenera en terrible certidumbre, una ruta que debía llevarlo inexorablemente a estrellarse contra el muro en la entrada del cielo. Es decir, si continuamos la lógica progresión hasta sus últimas consecuencias, es de suponer que la siguiente mujer triste e inconforme sería *La première passion*.

No obstante la posición 8, no es lo mismo decir "*Anita siéntate en la hamaca*", que decir "*Siéntate en la macanita*". Recostado, José Candelario Trés Bien estira los miembros y piensa en su acostumbrada siesta para recibir a Anita en sus brazos, aunque es feo exigir un regalo.

Llegando a la terraza, una mujer convoca a las luciérnagas de la identidad.

-¿Zulema? ¿Qué diablos haces dentro de mi cuento?

-*Sorry*, el escritor me puso para despistar.

MIERDA MARCA ACME

Antes que nada, permítanme hacerle al merolico.

Se vende procesador de palabras portátil, diseño ergonómico. Escribe en todos los idiomas y no necesita baterías. Además, desarrolla todo tipo de funciones matemáticas y algebraicas e incluye un dispositivo “borrador” único para corregir errores. Precio al público \$ 2.50

Se vende precioso medallón de buena suerte con relieve de águila en actitud de combate, su plumaje con abanico natural tocando la cola y posada su garra izquierda sobre un nopal florecido que nace en una peña emergida de un lago, al tiempo que sujeta con la derecha y con el pico, en actitud de devorar, a una serpiente curvada, de modo que armonice con el conjunto. Acuñada por el gobierno de México y emitida en 1993, como constancia de un nuevo compromiso social y político. Su centro es de latón de primerísima calidad y lo rodea un anillo de acero con grecas labradas referidas del resplandor de la piedra del Sol. A simple vista, es reconocible el inspiracional número uno en su cara posterior, cuyo radio es de 21 mms como lo oprimen de pronto las yemas de los dedos. Ofrecemos esta extraordinaria pieza de colección por tiempo limitado y al módico precio de \$ 1. En la compra de un par le regalamos la definición de Inflación y otros términos bursátiles.

Se vende kit de pequeños frasquitos con aire de la luna, marca Acme. La luna rodeada por el día muerto, tan alta y tan antigua que sale de la boca de sapos immaculados. Fuera de lo que aseguren los astrónomos, no es posible que exista otra cara que engorda como este forastero deliberado del erotismo, del misterio, de los disfraces, de la reunión de

los astronautas. Luna hipnótica y pálida, pero que sólo el poeta, el vampiro y Judas Iscariote pueden apuntar su dedo hacia ella y llamarla anémica. *Luna* sin calor, porque su sangre asaetada viaja silenciosamente hacia adentro, como la osamenta del conejo que la habita. El lenguaje apocalíptico se intensifica durante el regateo. La cara oculta suena la gran bocina de las perdidas garantías. En 1582, el Papa Gregorio XIII decretó que el mundo civilizado no observaría más el calendario juliano. Octubre 4 de 1582 fue seguido por Octubre 15, al siguiente día. Once días desaparecieron del mundo. ¿Por qué motivo pasó su mano sobre la marca de gis interrogante y lo borró? ¿Para sincronizar los solsticios y los equinoccios con el año trópico? Eso dicen los libros de historia, porque la fragilidad del calendario juliano consiste en acumular un día cada 128 años y el error hizo que el equinoccio vernal ocurriera en Marzo 11. Pero, ¿Qué tal si el propósito era corregir el vacío del tiempo en la mente de los hombres? ¿Que el tiempo pernicioso en 1582 era once días y una hora, pero en el ajuste la hora escapó libre, autorizada para quedar rebotando a lo largo de la eternidad? Una hora especial, una hora que nunca debe sonar, porque de cumplirse sucedería la eterna noche. El sol se tornaría negro como el carbón, la luna se llenaría de sangre. Viéndolo de otra forma no perdimos una hora, sino que la recuperamos. Conveniencia cronológica, como el programa de ahorro de energía. Ahora, la hora que se dilata queda bajo la custodia del nuevo comprador de la luna por onza, quien debe cuidar el ciclo más celoso que el péndulo de ancha plata acelerada como cuchilla. Precio normal \$ 9.

Es un hecho. Conforme los buenos consumidores culturales necesitan novedades, muchas veces las más simples ideas, vuelven a ponerse de moda. Por ejemplo, el regreso al mercado de un invento que permite ver a través de las paredes, sin riesgo de radiaciones fatales. Atractivo y fácil de controlar con una mano, lo que permite de igual manera el

control del clima deseado: fresco o caluroso. Alguna voz advirtiendo desde cavernas lo llama ventana, pero en el depósito de las frágiles profecías se revierte en lo súbito y tenemos el *Windows Vista*, por desplomada arquitectura. O un lápiz o una moneda de un peso. Una vez encontrado el sentido de nuestra semejanza, me atrevo a decir que no conozco un autor en ciernes que no sueñe con publicar su primer libro sin esperar que funcione, sino la ocasión para encontrar la aprobación y tuteo del gremio y con gastar el dinero de los contribuyentes, consiguiéndose una beca para leer el *Excelsior*. Al igual que el entero catálogo Acme, simplemente se pretende impresionar. Yo debería saberlo. El momento que hablo frente a un público, con frecuencia digo algo que sale de la multiplicidad y adquiere una identidad radical y hasta contradictoria, del mismo modo que percibo mi felicidad doméstica. Sin embargo, invariablemente, un avezado entre la concurrencia quiere hacerse notar y acusa, poniéndose de pie: Usted nos dice eso nomás para impresionar a uno. Mi respuesta siempre es la misma. Por supuesto que te lo digo para impresionar, pendejo. Yo no sé cómo percibes mi misión como escritor, pero existe una responsabilidad para mí de suprimir tu desconfianza profunda frente a los felices. Me río, por ejemplo, de la Luna de la última etapa, con su pretensión en el mito espléndido de la licantropía, acaso exhumado por Baudelaire, acaso forjado por Stephen King. Mi tarea es traer el despertar violento del sol, la tarea de *Productos Acme* es encerrarte en el cuarto menguante de la luna. Ciertamente, la luna es más vieja que el sol. Para empezar, la dejan salir de noche, pero no servilmente remedada, como se castiga el delito de Safiya, sino repartida en cuencos a la orientación de los gatos absortos con el helado cuerno que alude a las vacas de su ordeña. Por lo que sé, los gatos invisibles son los mismos que beben leche evaporada.

Según el testimonio de San Benito de Nursia, el griego oral de Juan Casiano era muy torpe. La Liturgia de las horas, que es la aportación que importa, elude la hora fatal del caos mediante la consagración del día a la oración. En un acto pagano y sucediendo la agenda del excelentísimo Camarlengo de la Casa Pontificia, quién a su vez sucedió a los monjes de la Orden de los Cartujos en su misión, Wile E. Coyote debió obtener el reloj del buen custodio de la hora perdida, durante una subasta en eBay. Nuevamente, para mi incomodidad, el tipo avezado que quiere hacerme quedar mal, se levantará del público y preguntará: Sí, ¿Qué marca? Mi respuesta, generalmente, será la misma: ¡Pues la hora, pendejo! ¿Qué otra cosa tenía que marcar? En esta ocasión, una hora de lectura inspirada, una hora que me despierta el recuerdo de mi procaz generación *Baby Boom* rebelándose contra el desgastado imperio de la bohemia en nombre de Alfred E. Neuman, precisamente cuando están naciendo los escritores del nuevo Planeta X por descubrirse. Me acontece el acto reflejo de la succión del pulgar. Quiero decir, toda esta frescura, esta inocencia, esta oferta de productos de segunda mano me provoca *de facto* cambiar la servilleta por la lengua. Hago una llamada a casa, el pasadizo secreto con Gabriel del Carmen Fuster Jiménez, el poderoso Director General de la conservadora familia *Sears*, para provocarle nuevos líos y le digo que quiero encontrar mi niño interior perdido. El me responde que yo fui un niño modelo hasta que cumplí los 16 años y empecé a escribir tonterías. Me reclama la ocasión que arroje el frasco de petróleo bajo el fregadero a mi pastel de mi primera comunión y clamaba que la tía Irma era la responsable del terremoto de Honduras porque no podía distinguir entre la naranja mecánica y la manzana eléctrica y la pera electrónica. Quiero explicarlo pero antes me recuerda la manera grosera que dejé la fiesta y me encerré en mi cuarto, empujando la silla tras la puerta y sentado a escribir una serie de nuevos

poemas en brazos y piernas con su pluma *Scheaffer* favorita. Vuelco en los plexos, largos versos como sanguijuelas que succionan la poesía y sin preocuparme por si el plomo de la tinta pudiera envenenarme la sangre. Yo le contesto que mi conducta en esa época obedecía a la rancia membrana parda de risas grabadas que provocaba nuestra primera televisión en color, además que no terminaba de superar la separación de los Beatles, siendo que nunca supe apreciar a John Lennon en *Revolution 9*. Más, ¿Puede alguien explicar por qué enterraron a Mozart también? Porque se estaba descomponiendo, por supuesto. Mi padre pregunta quién es John Lennon. Yo le indico que es el único que usaba lentes, el que andaba con la *chinita*. Ya sé cuál es, me responde, pinche anárquico. Yo siempre preferí a Lenin. Mi padre finalmente admite que tampoco soportaba a la tía Irma, por sus nexos sentimentales con la Procuraduría Federal del Consumidor. La confesión me provoca depositar otra moneda para alargar la conversación. Mi padre añade, Te doy un último consejo: imita a las cosas, observa cómo se quedan quietas allí donde las pongas, observa su modestia, su silencio, su obediencia que sólo sirve hasta que se rompen y los compra Aeroméxico de uso. Yo lo escucho y dejo de hacer equilibrios con la luna sobre mi cabeza. Finalmente, él me dice que deje de preocuparme por buscar a mi niño interior, porque en su experiencia como padre, la regresión sólo provoca volver a orinarme en la cama.

Moraleja: Cuando negocies con locos, niños y putas, pretende ser el sordo y no discutas. Vendo secador de ropa accionado con energía solar. Maneja distintos volúmenes de ropa mojada, desde manteles de fiesta hasta un simple calzón con la misma fuente de poder y el mismo ahorro de tiempo y dinero. Su especial sistema de corrientes de aire prueba la potencia de un detergente y cuida sus prendas delicadas, mientras el modo dos blanquea la ropa percutida, aún aquellas sabanas con manchas nocturnas terribles de quitar.

Es un artículo que no puede faltar en todo hogar moderno, con sendos prototipos a elegir: el modelo minimalista y el modelo tradicional con ganchos de madera. Su precio por introducción \$ 999. No espere más, cómprelo ya.

EL DIA QUE DESCUBRI COMO ESCRIBIR LOS CUENTOS

Los cuentos fueron inventados en el concilio de Trento.

Pese la conversión de los cerdos poseídos a jamón, los teólogos sospechan que la foto inaugural puede estar retocada. Sin embargo, hay concilios que todo lo quieren solucionar con una doctrina. Apréndete esto y luego hablamos. En su momento, las fuertes disputas contra los protestantes orillan a San Marcos a tener que decidir a qué multitud querría pertenecer, porque salía más barato mantener un cisma que experimentar esas amables formas de sugestión como la hoguera, ya que costaba cien marcos anuales. Lo que eran muchos marcos. El edicto Trentino supuso una profunda catarsis en la lección aristotélica sobre el negocio, lejos del temor reverencial a un único libro llamado Biblia. Señora Vulgata, ¿Acepta usted por esposo al señor Jesús? Y usted, señor Jesús ¿Acepta por esposa a la señora Vulgata?

El cuento empieza fácil, como se da la fácil explicación sobre la tierra plana, porque si el cuento del infierno fuera pura mentira, nos chingamos todos al unísono.

-Ya imaginamos cualquier cosa sobre el borde del infierno

La voz pertenece a un dragón.

Cuidado, hay veces que el pragmatismo se disfraza de dragón indefenso. Aquí, lo maravilloso de la infancia es que los dragones se sientan a contar los juegos que nunca han hecho. Por ejemplo, encontrar dos nubes idénticas, escoger el mejor escondite. Para algunos niños, los disfraces no los disfrazan, sino los revelan. Los niños se disfrazan de aquello que son por dentro, pero el que grita y patalea es el duende de la *mise en abyme*, no el ego

profundo. Ahora, prescindiendo de la escalera de Jacob, por puesta en abismo se refiere al ejercicio de imbricar una narración dentro de otra, de manera análoga a las muñecas rusas.

Un taller de juguetes no es suficiente para llenar el cuarto de la imaginación. Aparte de los mencionados dragones, son menester tenerlo dentro del cuento al Príncipe buen mozo, disponible sólo en azul. La Princesa, la hada madrina, los duendes bienhechores y la bruja malvada. Monstruos como los basiliscos petrifican con la mirada. Los basiliscos más vanidosos, son estúpidos y se miran en los espejos. Lo normal es negar a los basiliscos ante la gama de animales encantados que aseguran el final feliz, hasta que tienen la rabia.

Había una vez, cuando la vida era limpia como la tierra que a veces comimos y, sin darnos cuenta, tú y yo nos sentábamos en el patio mirando hacerse viejo el día. Los seis años de edad es el equivalente de un capullo lento, con dientes de león. Yo jugaba, yo comía dulces. Yo tenía la televisión por ventana y era en ese mismo lugar donde escuchaba constantes voces diciéndome: “*Compra esto, compra aquello*”. Si quién lee esto es próximo a mi edad, debe recordar a Enrique Alonso, alias *Cachirulo*, rigiendo el pozo mágico en un programa dominical llamado *Teatro fantástico*, patrocinado por el paseo espumoso del trenecito del *Chocolate Express*, que es rico y nutritivo y que sabroso es. Pero, he aquí el episodio negro al cuál le pertenezco, la hora terrible que marcaba el fin del tiempo libre de mi infancia, cuando una aciaga noche fui tomado al asalto por la XEWTV Canal 2 y mi nombre, con todo y su diminutivo, fue incluido dentro del *Club de los Chupadados*, en vivo y en Red Nacional. A partir de semejante indiscreción, el *jingle* del *chocolatote* dejó de importarme, para dar paso a *Chocomilk* como excelente compañero en el desayuno o la merienda y también alentar a su avatar Pancho Pantera a pelear contra Cal-C-Tose.

Die Geschichte vom Daumenlutscher, o La historia del pequeño chupadado.

Nuevamente, los padres advierten al niño sobre no chuparse el dedo, apelando al desacomodo de los dientes. El niño insiste en conservar su centro magnético y los padres inconformes lo delatan entre los corredores de la Gestapo. En venganza, el niño le pide a un sastre que reprima esta discusión con los parientes ascendientes en casa y les corte las narices con unas tijeras.

Somos huérfanos de nuestros propios pensamientos. Somos los locos, los chupadados, escondidos debajo de la cama. Alertas, se desorganizan los ojos. Esto que nunca cansa, vigilando las motas de polvo, como pequeños mundos sostenidos en un rayo de sol. Todo niño sensible sabrá de qué estoy hablando.

-¿Cómo logras capturar a los esquivos paninchenos? –pregunta mi niño interior.

-¿Panin ...qué? –exclama el adulto.

-Los paninchenos, los diminutos muñecos de lana que engañan con forma de suciedad y que reaparecen al lado de las cucarachas, en el gran suicidio colectivo detrás de los muebles viejos.

-Te refieres a la pelusa que se forma con el polvo doméstico

-Sí, que hacen cosquillas a la nariz

-Mi abuela lo llamaba el terciopelo de los pobres. Asunto que causa poca gracia a los exploradores ingleses que han sonreído en las excavaciones egipcias.

-Estoy oculto aquí para desprestigiar la teoría pedagógica sobre el berrinche...

-Eres un buen niño, nomás que nunca te bañas.

-¿Te cuento el cuento de los esquivos paninchenos otra vez?

-Órale, pero que sea la última vez

Tú eres Marcos Panincheno, en tu papel de Sargento de la policía de la fábula, registrando tus reflexiones del curso de la investigación en una pequeña grabadora. Y delante de ti, este reporte de campo con las actuaciones ministeriales concernientes a la desaparición de conocidas figuras fantásticas. Cuidado con la letra chica.

Todo comienza con una patrulla envuelta en la penumbra roja al estilo de los años cincuenta, en el momento de arribar al domicilio del folklorista alemán Wilhelm Karl Grimm y su hermano Jakob Ludwig Carl, como respuesta de un telefonema anónimo, alertando a la Fiscalía para la Seguridad de las personas y juguetes, la afirmación de que entimema, arcana violencia y sofisma han roto la paleta caramelo en dos partes contra *alguien* dentro de dicho domicilio, igualmente referido el taller Grimm.

En el punto de encuentro precisado por nuestro informante, tú das fe del cuerpo destripado de Rumpelstiltskin. Entonces te dispones a cerrar el perímetro del bosque mágico, llamado Zauberwald. Te cercioras en la cabeza mostrando heridas de golpes contundentes con un trébol, de la cual no quedaba mucho para reconocer, salvo la plena identificación mediante muestras dentales. Las restantes evidencias esparcidas como el rompecabezas imposible de armar. Tomando las precauciones habituales, pasas a procesar la escena.

Resulta claro que los hermanos Grimm respiran con dificultad, perturbados por la culpa. En el acto, los oficiales Barba Azul y Gato con botas esposaron a los sospechosos y los subieron a la calabaza encantada, mientras sus derechos les eran recitados. La investigación prosigue. Entonces, como un insecto que se posa, el médico forense toma notas y fotografías a las pisadas encontradas sobre el pastel de chocolate, pero aún no sabe qué es exactamente lo que vino a hacer en ese lugar. Las ropas manchadas de chocolate son

analizadas dentro de los laboratorios de la moraleja, usando las aceptadas técnicas de imaginismo, increpación, paegnarius e ictiomancia. Los resultados no son incriminatorios en realidad, sino sombras chinescas a la luz de una vela.

Por otro lado, deponentes y testigos dejaron asentado que en su locura los hermanos Grimm revirtieron el hechizo de la Bella Durmiente a comatosa, teniendo las dos manos cruzadas sobre la boca para cubrir el mal aliento después de despertar. A Rapunzel, la convirtieron en una especie de infusión venenosa en una taza de té. A Cenicienta, en una mesa con sierra de carpintería, útil para cortar pan. A los músicos de Bremen, en serrucho, martillo, berbiquí y cepillo. A Caperucita Roja, en un bote de clavos. Y a Pulgarcito, lo hicieron otro anfibio patético de recelo y soledad, sin derecho a beso. Apéndice A-2, se anexa al reporte.

Mientras tanto, los hermanos Grimm fueron trasladados al castillo de arena y espuma, donde son sometidos a feroz interrogatorio en mazmorras separadas por los detectives Hansel y Gretel. Llama la atención que los sospechosos se niegan a responder, lejos de esbozar su sonrisa torcida, toda vez que se les pregunta el paradero de las figuras fantásticas, bajo custodia de los libros. Finalmente, los detenidos solicitan la presencia de su abogado. El caso se conduce a un callejón sin salida.

Tú eres Marcos Panincheno, en tu papel de Sargento de la policía de la fábula, aseverando contar con nuevas pistas para la posible solución del acertijo. Queda revelado que la fuente confidencial al teléfono, no es otra que la fuente de los deseos. Si su coartada procede, prueba regresar al lugar preparado con una ganzúa y asaltar a Mamá Ganso. Si ella no delata a los hijos de puta, entonces pasa a coaccionar por la fuerza bruta a Gibran Jalil

Gibran. Carea a Perrault contra Andersen, para hacerlos entrar en contradicciones. El sitio está lleno de soplonos, listos para contar su cuento.

Este hilo narrativo termina con el hilo del Yo-yo, en un tête-à-tête.

-¿Adivinen qué? – inquiero a mi familia, a mitad del desayuno.

Uno empieza con la fórmula interrogante, porque los escuchas no están advertidos a lo que el adverbio se halla refiriendo. El efecto es similar al tratamiento de los vándalos, durante la dominación visigoda: Ellos ponen su atención en ti y enseguida sabes que es momento de introducir el elemento provocativo. En este caso, un Yo-yo.

“No”, reza el eterno letrero colgando del cuello de mis papás.

El segundo nivel es sollozar. Mediante esta técnica se hace saber que todos los demás niños tienen uno, excepto los pobres. Mis papás no era pobres, sino miserables. Lo que hace una significativa diferencia. La gente miserable es la peor gente para convivir, porque toda vez que las voces del televisor ordenan: “*Compra esto, compra aquello*”. Ellos optan por vendarse los ojos.

El tercer nivel descarga su artificio violento.

Frustrado, interrumpo mi desayuno con cereal de una monumental rabieta. Enseguida, corro al baño y azoto la puerta detrás de mí. *Plum*. Giro la llave por dentro. *Clank*. Por primera vez dentro de los seis años como inquilino de esa casa, uso la llave destinada para las visitas. Mi respiración es entrecortada, por el nerviosismo que provoca el golpe seco y por no saber que cerraba el flujo de oxígeno detrás de la tapia que hace mi enojo. Todo porque simplemente no tenían cuatro pesos para comprarme un Yo-yo. Entonces escucho los pasos de mi papá acercarse en esa hipótesis de autoridad y la perilla gira, sin abrirse. Lo que sucede después, lo que sucedió en menos de un segundo, es lo más

increíble de describir. Trataré de narrarlo en cámara lenta, pero les aseguro que sucedió en menos de un segundo. Mi papá gira la perilla, sin éxito. Escucho sus pasos en retirada, como si aceptaran el fracaso, pero en realidad habían tomado vuelo para abrir la puerta con una patada.

La cerradura resistió en su lugar.

Fue el marco de la puerta que cedió ante la embestida. Gran parte de la pared de la antigua casona comida de hierbas se desplomó al interior del baño. Es verídico. Yo recuerdo haber pensando cuando vi el tremendo boquete en donde antes estuvo la puerta: *Híjole, ¿Así son las endurecidas hipotecas con Banobras?*

Al igual que una herida abierta, yo podía ver parte de la tubería del lavabo y la regadera, retorcida y salpicando agua. El polvo flotaba en todo el ambiente. Una familia de ratones salió tosiendo de la madriguera desaparecida y huyó entre los charcos. Yo me senté con las piernas recogidas, arriba del inodoro, anhelando un carcaj dorado, mientras la sombra cuatro veces amenazante ya cubría mi persona. Yo pensé: *Fi Fa Fo Fum*.

El gusto por el Yo-yo escapó por el orificio más blando que el espiráculo y yo empecé a pestañear a una velocidad de semáforo Morse. Los psicólogos me explican que, de este modo, imaginaba poder desaparecer a mi papá, pero no importó lo rápido que fuera mi tic, este permaneció en el mismo lugar. Lo más raro, es que en lugar de exprimirme como una mosca, mi padre puso su mano en mi hombro y dijo:

-Te voy a decir algo que espero no olvides, nunca sueñes despierto. Parecerás un loco. ¿Qué haría yo si tuviera un hijo loco?

Salgo de mi ensoñación. Culpa de las voces del televisor, presentando un comercial.

“¡Pim, pum, pam! Escribenos una cartita explicándonos por qué Rice Krispies es tu cereal favorita. Envíala al Apartado Postal 1555, junto con dos tapas del producto. Y si tu carta resulta elegida, recibirás a vuelta de correo una bonito trompo. Suerte”

Contemplo la caja de cereal en mi mesa, e imagino el Grimmerio de mi taza rota.

Ese fue el día que descubrí como escribir historias imaginarias. *Colorín Colorado*

Ningún dragón fue lastimado en la realización de este cuento.

MUY CANSADO DE VERANOS

Cumpleaños número 50.

Edad en que todo hombre que conceda ser macho que se respeta ha sufrido un divorcio, una bancarrota, un velorio y ha visto patear a sus celebridades favoritas, que alguna vez recibieron clamorosas ovaciones. Es tío cansado, muy cansado de veranos. Nadie le avisa que no llevaba pantalones, por una semana. Aquí sucede que si no nos ponemos abusados, podemos terminar pasando la temporada sobre los pechos de una joven que ni conocíamos y te pide que la ayudes a morir. Toma fotos, para luego verlas y decir: “¿te acuerdas?”. Antes que otra cosa, procura que la vejez no te agarre de sorpresa, advierte la prima Vera.

O Toño.

Antonio Vásquez es un amigo que extrañamos por largo tiempo sin noticias, debido a la desolación y congoja que siguió a su divorcio. De pronto, sucede que se halla de regreso con maleta en mano y se las ha arreglado para ponerse en contacto con sus viejos amigos y propiciar una reunión.

-¡Hermano, no puede ser! ¡Cumplimos años el mismo día!

-Lo sé, pero eso no impedirá que destruya tu planeta

-Vale madre, súbanle a la música

-Apaguemos las velitas primero

La fiesta sorpresa en mi honor tiene lugar en la Gran Logia de los Búfalos Mojados. Curiosamente, mucha gente se enoja contra los que olvidan una fecha de cumpleaños, aunque la juerga corra con cargo a los recursos del festejado. En esa ocasión, Antonio se

presentó sin pareja, ni siquiera a una hermana, mientras el resto de mis amigos llevaron a sus esposas. Por alguna razón, las esposas no dieron muestra de hablar en códigos secretos para disculparse en ir al baño. Quizás nuestra edad no representa un peligro para derivar en una fiesta de pijamas. Tanto como cuando usted camina por la calle y alguien viene en sentido opuesto, luego usted se corre a un lado para darle el paso y el otro también, hacia el mismo lado. Y así muchas veces, ambos intercambiamos las mismas posiciones. Dando paso a la rueda de presentaciones, salieron los celulares a relucir y los presentes capturamos los abrazos y demás roces interesantes en una fotografía. Todos estamos contentos, aunque la cantidad de comida supera a la de alcohol. Entonces, Virgilio Cruz, que reía sin parar con su esposa, mejor dicho una segunda esposa, que nos parece tan aplacada como lo estuvieron las sabinas, señala a Toño con su copa y brinda por considerarlo un ejemplo de supervivencia.

-¿Acaso logró destruir la última nave de *Space Invaders*? –pregunto.

-No, el hombre fue internado en el hospital para colocarle un *bypass* –corrige.

Para mí, un *bypass* es lo mismo que llevar a *Pac-man* a comer los puntos azules que le otorgan un vigor temporal, también llamados *Viagra*.

-Antes tuvo dos infartos, los cuales superó luego de recibir las maniobras de resucitación cardiopulmonar –continúa diciendo.

-Estuvo muerto clínicamente, dos veces –añade Sabina, como si tal cosa pudiera ocurrir en la vida.

Volteo hacia Antonio y éste sonrío a manera de una confirmación.

-¿Es cierto que al morir uno ve una luz? –yo lo llamo al centro para hacer una declaración.

-Sí –contesta y afirma con la cabeza.

-¿Viste la luz e hiciste caso de no caminar hacia el final?

-Sí

-¿Dos veces?

-Dos veces vi a mi ex-esposa al otro lado del túnel.

Yo encuentro el detalle curioso

-¿De qué murió ella?

-No estaba muerta aún. Esa es la razón por la cual decidí regresar. Algo no estaba bien de todo, aunque mi alma estuviera perdida para siempre, en la nada, infinita. En ese trance, vi dos veces a mi ex-esposa amenazándome, con su puño en alto y los tintos labios imprecando como en una película muda.

-¿Qué es lo que más te gustaría para tu cumpleaños? –pregunta el difunto.

-Me gustaría volver a ser otra vez de siete... -o eso supone que la visión contesta.

Esa mañana de su aniversario, él la despierta con un beso y desde temprano se van juntos a un parque de diversiones. Allí, la sube a cuanto juego mecánico se halla en operación: La rueda de la fortuna, la montaña rusa, el carrusel, las tazas locas, la cueva del terror. Cinco horas después, ella sale con la cabeza dando vueltas y el estómago revuelto. Antes de recobrar el aire, es trasladada a un estadio de fútbol, donde la calca de su cuerpo juega la posición del portero con la ternura caliente de unos pantalones cortos, desnudos sobre las rodillas, mientras el marido ensaya varios tiros penales. Dos horas después, la pareja asiste a una función doble de cine, donde el marido la atiborra de palomitas, hot-dogs, chocolates, nachos, enormes vasos de Coca-cola. Al final de día y posterior a la exhibición de fuegos artificiales y juegos de pirotecnia con su dedicatoria especial, la

esposa es llevada de regreso a casa donde todo lo que hace es colapsarse en la cama. El marido se inclina sobre su cuerpo derrotado y le susurra al oído: *“Como los mejores veranos, ¿Qué se siente volver a ser de siete?”*. La mujer abre y ojo y gruñe: *“Talla siete, estúpido. Yo me refería a una talla siete”*.

Si el cumpleaños hubiera sido inventado por la prima Vera se llamaría “cuenta regresiva”.

CONDON GIOVANNI

¿Cansado de ver anos?

Mirando hacia el closet, yo estoy dentro del espejo y estoy fuera de él con mis zapatos, mi ropa, mis palabras. Nuevas leyes físicas se entablan desde el reflejo, cuando me hago a mí mismo una pregunta, rodeado de posters y álbumes LP dentro de la habitación.

-No, Gracias, tengo Playboy –respondo a mi imagen, del mismo modo que un Travis Bickle desenfunda un arma automática contra la figura que le devuelve el reflejo y pronuncia las palabras: “¿Me estás hablando a mi?”. Lo que yo crea nos tragará a los dos, si me descuido. No quisiera perderme en el camino de vuelta, estando la icónica Farrah Fawcett en la pared.

-Tienes tu virginidad llegando a otro cumpleaños–dice mi otro yo.

-Tengo a la biología de la mano como sólo registra la destreza...

-¿Qué quedamos? Es hora que te encuentras una chica de verdad.

-Mmm, suena tentador, pero ¿imaginas pasar por el trabajo de localizarla y después acosarla? ¡Qué güeva!

-Nada de trabajo. Aún sin existir *Old Spice*, ellas deben de localizarte a ti.

-¿Qué sabes tú de amor, si sólo eres un espejo que se le queda viendo a uno?

-Soy más erudito y plomizo que el espejo de la madrastra de Blancanieves...

-Veamos, dime algo con amor...

-Amorfo...

El dialogo no es un sueño, sino espejismo de los incansables jugadores que intercambian sus cabezas en la precisión de sus jugadas o el nacimiento del *Jabberwocky*

que cede su asiento a Lewis Carroll, respecto a su idea del espejo como la entrada a un mundo inverso. Pese a la mirada disuasoria, la Ciencia ha desarrollado una hipótesis que sostiene que es imposible pasar al otro lado porque al acercarse uno al punto focal, el objetivo contrario se mete en el camino y no te deja pasar. El uso de fuerza para empujarle, solo consigue quebrar el vidrio y sumar siete años de mala suerte. Por otra parte, resulta muy misterioso como logran los vampiros lucir peinados todo el tiempo.

-Miss Noviembre ¿No es una belleza? –mi otro yo despliega el *fold-up* ante mí.

-Diablos, vendería mi alma por tenerla

De los pulmones ateridos con tal deseo vehemente, se provoca el estornudo donde surge Satanás ante su víctima, para danzar disipadamente al ritmo de *Hustle*.

-Perdón, ¿Es aquí Veracruz o Sevilla?

-Veracruz

-¿Tiempo local?

-1976

-Puf, apenas cuatrocientos años tarde

-¿Eres tú Satán?

-Tú llamaste por mí, debes saberlo

-Fue solo un decir

-Bien, me alegro por ello, porque odio abrir la puerta equivocada al subir.

-¿Es necesaria una entrada con todo este humo? El humo afecta mi asma

-Me acuso de frecuentar aquelarres, de tener ayuntamiento inmoderado con las brujas, de malograr fachadas y columnas a mi capricho, de complacerme en el cieno de la concupiscencia, pero no de provocar una respiración sibilante, o ¿Sí?

-¿Fuiste tú que iniciaste la revuelta entre los ángeles?

-Olvídalo, una historia complicada. Me siento triste y me siento bien y me siento como un niño al que se le da un vaso con agua y todos se preguntan si no se le evaporará en la mano.

-¿Temperatura al sur?

-¡Dos mil grados!

-Estoy enfermo, mi fiebre es mayor delante de Miss Noviembre. Ella no irá a la basura, se quedará conmigo. Así tenga que beber la mandrágora.

-Ay, de monjes a marineros y de reyes a generales, la gente vende su alma por las cosas más banales, por eso el infierno no está bajo tus pies, sino en distintos lugares. Vamos, pídemelo lo que sea. Nada más firma o pon tus iniciales con una pequeña gotita de sangre.

-Quiero ser Papa

-Lo siento, un *kink* personal. ¿Qué tal el Sr. Papa?

-Nel, me conformo con siquiera resolver el cubo Rubik con 4,503 movimientos.

-Hecho

Tocan a la puerta, se trata de cierta muñeca inflable, alzada por un soplo hasta la altura de mi boca.

En una página de Ovidio, aparece la primera amante artificial, que se trataba de una estatua de marfil esculpida con rasgos perfectos y hermosos por Pigmalión, a la que bautizó Galatea. Él quedó tan encantado con su obra que la llevó a dormir a su lado, con todas sus consecuencias maritales. Al reverso de la misma hoja, Afrodita dio vida a la estatua eventualmente, conmovida por tal devoción.

Tocan a la puerta, se trata de la muñeca de hule, traída a la vida. Y la analogía más apropiada de esta clase de flirteo es igual a oler las flores con una máscara contra gases.

-¿Tienes una cita? –pregunto.

-Puf, ¿Dónde escondes la colilla? Mira, ten cuidado con una cerilla, pues soy un poco sensible al calor, papi –declara ella, abriéndose paso en el aire enrarecido.

-Te equivocas, muñeca. En esta apartada orilla, más clara la luna brilla y se respira mejor, mami...

-¿Es tabaco o acaso despertaste al diablo?

-Está parado justo detrás de ti

Ella no lo ve, ya sigue de largo. Dentro de la habitación, únicamente el espejo nos da el abrazo, sin testigos.

-Sí, claro. Por mera indiscreción, *El Diablo en la Señora Jones*.

-Ya la vi. En cualquier momento empiezo a cazar moscas imaginarias

-¿Podríamos discutirlo más tarde? Estoy cumpliendo tu fantasía de acné...

-O algún súcubo...

-Momento, Don Juan. No obstante tenga un cuerpo de látex, merezco ser tratada como...

-¿Putas? –dice mi yo, en el espejo.

-No podías quedarte con las ganas de decirlo -reprendo

-Playmate –concluye la muñeca.

-Oye, existe un término popular a bordo de los barcos, conocido como "*Seemannsbraut*", para indicar a una muñeca hecha de estopa con tela remendada y usada

por los marineros para soportar las largas travesías. Tú eres mi salvavidas *Seemannsbraut*, encontrándome desnudo y solo.

-Llámame Farrah Fawcett –ella insiste

-Recuéstate a mi lado, bello ángel.

-Ok, pero sin perversiones mayores a un beso

-Hecho

-*Vino rosso per due* –murmura el maléfico, en su calidad de *sommelier*.

Si el demonio es el que escoge en el momento de escoger, la sutileza de Cabernet brinda por **(Censurado - Disculpen las molestias que esto ocasiona)**

-Corte, es suficiente. Ustedes perdonaran que voltee el espejo contra la pared a partir de este momento. Hay demasiados *vouyeristas* entre los lectores. Especialmente tú, Satanás. *Vade retro*.

-¡A un lado! –reclama el diablo al espejo, con más ganas de encontrar la salida, que ver algo prohibido.

Se añade punto y aparte.

Hay rasgos superpuestos. Siguen hojas en blanco, apuntes al margen.

Son repetidos este párrafo y el precedente en la parte superior de la página.

Borrado el resto de la línea,

Escrito con lápiz casi todo el desempeño de los amorosos. Fragmentos del mismo aparecen incorporados a “*Don Juan Tenorio en Xerox*”, cuyo texto podría considerarse una segunda versión de “*El burlador de Sevilla y videoconsola Atari 2600*”, aunque muy distinta de la original.

Se añade punto y coma.

Tres minutos.

-Así que esta es la quintaesencia del libertinaje –comento, asomándome por la esquina.

-¿Tres minutos? –exclama mi otro yo. Hablando por todos los que olisquearon ese rectángulo robado a la intimidad.

-Es increíble cómo pasa el tiempo cuando uno se divierte

-¿La fetiche de vinilo?

-Quedó desinflada

-No hay problema. Podemos llevarla al cirujano plástico después. Tal vez, la vuelva una pelota playera.

-¿Mefisto?

-Lo puedes alcanzar en Guyana, bajo el ridículo nombre de Jim Jones. Persiste en sus dotes de *sommelier*, pero con Kool-aid.

-Me pregunto si puedo volver a hablar con él. Deseo que me vuelva a crecer el cabello.

Sin un pelo de tonto, rento mi alma a uno de esos grandes bufetes comerciales, especializados en comprar deudas para renegociar grandes intereses. Sin remordimiento ni pena, yo firmo el crédito fiduciario a un plazo de cien años y, a cambio, obtengo una jugosa comisión por molicie, una copiosa cuenta de ahorros en sueños. Los cobradores extrajudiciales arremeten contra el primer cobrador, quien mantiene la cesión del bien en mi favor. Yo incurro en fraude, lo sé, pero mientras los tribunales deciden la controversia, todos rodeamos un Sexenio de total excentricidad, despilfarro e influyentismo.

-¿Llamaste por mí? Dos veces en la vida es demasiado. Nomás porque estoy de buenas –dice el diablo, al volvernos a ver las caras en 1984.

-Hablé con mis abogados, para promover mi arrepentimiento y salvación eterna.
¿Podemos cancelar el contrato por común acuerdo?

-No sé. ¿Qué opinas de la posición del Tribunal de alzada?

-Debe ser incómoda. A mí me gusta que me la chupen primero...

-Cálmate, por ahí se dice que las felaciones no te producen erecciones.

-Eso es cosa de las malas lenguas

-Nos veremos en la apelación, pues...

-Así es, dentro de lo que cabe...bueno, pero donde no cabe, ¡Cómo duele!

-Bien, ahora es mi problema

Y dicho esto, el maligno gira en redondo y marcha sin despedirse, desencadenando al paso una serie de explosiones de gas licuado en la Planta de almacenamiento de San Juanico.

GENERACIÓN ESPONTÁNEA

-No es nada, mamá...

El niño responde a la pregunta con la puerta de por medio. La voz de soprano al otro lado decide no prestarle mayor atención al asunto. El que ríe es que no ha oído aún la noticia terrible, pero los viejos libros explican la sabiduría de los padres: apartarse de las luchas dentro de casa y transcurrir sin inquietudes el breve tiempo. Dar amor por bien, con voz autoritaria, para llegar a los corazones en tiempos del desorden, de lo impredecible.

El niño cambia de país como de zapatos y descansa para volver a jugar con los poderosos en su imaginación. ¿Lo encontrarán sus amigos cuando lo necesiten? ¿La señorita jirafa y el tendero? Créanlo, el susto te da derecho a sentir hambre. Piensa en algo de pan blanco con mermelada. Sin embargo, la solución está muy lejos aún, porque escasas son las fuerzas para abrir la puerta contra las leyes del magnetismo, para cruzar la distancia hasta ella, salvando mi primer juego de química *Mi Alegría* en el suelo y las pisadas frescas que van de la pecera de bola hacia la cama, donde un pez mutante brinca con cuatro patas sobre el colchón.

Generación espontánea.

Recuerdo el regalo que me hizo el Tío Carlos durante la navidad de 1968: Todos los minerales del mundo. Se trataba de una cartulina con quince muestras, entre lapis lázuli, amatista, malaquita, pirita, turquesa, esmeralda, cuarzo rosa y otras clasificadas como piedras preciosas, según la dureza de su corazón. Aunque los guardavías arrojan un trozo de carbón, a mi tío le llevó 600 millones de años de espera para crear esta colección. Por mi parte, yo apunto con mi dedo a cada piedra y pregunto: “Y esto, ¿de qué se forma? Mi tío

sabe que estoy llamando a ser un dirigente, porque los mineros simplemente discuten su rareza, su valor o sus poderes mágicos. Carlos, siendo un Ingeniero Geólogo, me comenta que las vetas le dan noticias de la historia de este mundo, prevista por Dios en persona. Me encojo de hombros. Pienso: Para divulgar secretos, me parecen objetos felices. Créanlo, a pesar que puedo robarme otro regalo debajo del árbol navideño, agradezco el diminuto tesoro.

El brillante elige dos vicios, porque uno es demasiado.

Es correcto, hermanos y hermanas. Soy un brillante en bruto.

Alumbrado

Illuminati.

¿Tengo que aprender matemáticas?

¿Para qué? Yo provoco el azar, yo produzco la suerte.

¿Tengo que aprender catecismo?

¿Para qué? Oro en el nombre del Papi, del junior y de la palomita blanca y son 24 kilates.

¿Latín?

La revista *Tesoro* es una publicación que ahora pertenece al olvido, al alcance de las termitas que devoraron a Basho. De venta en los estanquillos entre 1969 y 1972. Las 32 páginas de su contenido incluían pasatiempos, secretos de magia, juegos experimentales, buzón de preguntas y tiras cómicas. La imaginación se depara para quien la trabaja y con la información correcta, un niño puede desarrollar algo semejante a una conciencia científica. Por ejemplo, las instrucciones mueven la rueda cerebral del día alrededor de una básica bomba termonuclear, pero no lo suficiente para explotarla en el patio vecino de Don Beto

Avila, brindándole a él y sus dos perros una dosis fatal de radiación, además de un fabuloso invierno nuclear para los caracoles de plomo.

¿Tengo que aprender todas las respuestas?

¿Para qué? Tratándose de superar al diablo y su latín, me bastan la Piedra Filosofal y el elixir de la vida.

La tarde del 10 de septiembre de 1973, sintetizo el elixir de la vida con tres sencillos pasos. El elixir, preparado con harina de arroz, leche condensada, agua, una taza de azúcar, un toque de vainilla y una varita de canela al gusto, resulto simple de producir y permanente en sus efectos. Una vez ingerido el líquido, nadie más padecería los efectos del envejecimiento. Tan sencillo como eso. Un pollo al que administré una cucharada, en octubre del mismo año, seguía vivo para 1999 y se estima que había producido cerca de 12,345 huevos, de los cuales el 40% resultaron doble yema. Desgraciadamente, un inconveniente efecto secundario venía aparejado al descubrimiento: El primo Eduardo se bebió un vaso lleno como mi conejillo de indias, provocándole permanecer con sus 8 años de edad el resto de su vida. Una vez descubierto mi error, yo recomendé que el elixir no fuera suministrado a la ligera, sino hasta haber adquirido la edad ideal, la cual varía de conformidad a los deseos y talentos individuales. Por ejemplo, un atleta, debe tomar su dosis a los 23, cuando se halla en la cúspide de su condición física. Un abogado, probablemente a los 41, considerando el embargo. Un poeta a los 80 años.

Motivado por el caso de mi primo, la doctora Rita Levi-Montalcini, premio Nobel de Medicina, por sus investigaciones alrededor de los factores de crecimiento, supone que el síndrome de Peter Pan acaece cuando son altos los niveles de amor. Malinterpretada por el movimiento hippie, dicho intercambio de amor provoca un aumento en el número de

embarazos durante las siguientes décadas. No obstante, la mano derecha de los bio-arsenales desata una epidemia que pone freno a la promiscuidad a partir de 1981, estableciendo la cultura del sexo seguro que es lo mismo que método anticonceptivo, para elogio de los vírgenes, esperando la nueva especie.

Por cuestiones estadísticas, algunas personalidades no llegan a nacer. Paris Hilton, Kim Kardashian, Britney Gastineau y Allegra Versace, no existen en la vida vecinera del *socialité*. Y en lugar de todos estos nombres, nace Emma Zunz, la fundadora de la Iglesia Universal de la retaliación.

En la vuelta del nuevo siglo, empieza a ser notorio el decrecimiento de la población infantil. La patria, aún falta de techo, rodea a los jóvenes combatientes de la historia. Y ¿Cuántas cicatrices en el desgarrar de las plataformas de videojuegos que se conectan a los ombligos de los niños, va vertiendo la lista? En la vuelta del nuevo siglo, la idea de maternidad desaparece ante la belleza del vientre plano.

Hacia 2002, ocasionales partos traen bebés al mundo. Pero nunca tan extraordinario como en 2005, cuando el primogénito de Felipe de Borbón fue mostrado a la reina Sofía por mera curiosidad. Ella hace un rictus de asco y exclama: ¿Qué es eso?

La gente que pasa, le llama botón con razón.

Otro botón con su ojal.

La llamada Guerra asimétrica que alcanza su punto de ebullición durante los ataques a la Torres gemelas en Nueva York, en 2001, no apresura el botón de pánico para clamar la justicia retributiva que impone la ley del talión y que dejaría al mundo ciego en una respuesta de venganza, debido a que las elecciones fueron ganadas por Al Gore en 2000. El presidente Al Gore reconoce que se trataba de una operación doméstica, de un nuevo

ejemplo del sacrificio de Abraham, perpetrado por los generales de cinco estrellas que se han dedicado a avergonzar a la nación, por mucho tiempo. Del otro lado del mundo, los soldados llevan lápices, en lugar de bayonetas. La pizarra es un tanque destrozado, donde un pequeño jefe y su nación aprenden la palabra "*Peace*". La Tercera Guerra Mundial no se lleva a cabo.

Por batallas y negras profecías, la potestad del escorpión no ataca la lanza del enemigo y se declara obsoleto el complejo militar-industrial, luego los ecologistas retoman el planeta. Globos aerostáticos y zeppelines vuelven a ponerse de moda y reemplazan a las líneas aéreas. El pregón de Nikolas Tesla es validado por sus inventos llegados desde el pasado, celebrando la energía limpia y renovable a una generación desconcertada que aún no ha podido probar su valía. La configuración del Siglo XXI toma la enormidad de un hechizo.

Nadie recuerda ya el poderoso monopolio de la OPEP.

Dentro de la nueva magia de la Ciencia, mi elixir resultaba idóneo para pensar en los largos viajes espaciales, si es que ameritaba buscar algo allá afuera. Desde 1970, Carl Sagan persuadió a los dirigentes de Nasa para buscar vida inteligente fuera de este planeta, pues si se trata de ubicar monstruos, nos sirven las especies transgénicas liberadas por los activistas de los derechos de los animales en sus allanamientos a los laboratorios de experimentaciones. Un científico cruzó un perro con un tiburón. No sabe lo que consiguió, pero es muy inquieto persiguiendo los submarinos. Volviendo la mirada al cielo, el proyecto Argus construyó una serie de aparatos receptores y transmisores de señales pulsantes dentro y fuera de su jurisdicción geográfica. A partir de 1977, la torre erigida en la región de Piemonte, cerca de Turín, empezó a transmitir con regularidad sus señales al

espacio abierto. Curiosamente, los campos electromagnéticos que provoca son tan perturbadores que las ovejas y los burros de los alrededores tienden a defecar de forma involuntaria. El mensaje enviado es muy simple, repetido una y otra vez: “*Dos más uno son tres. Dos más dos son cuatro. Dos más tres no son cuatro ni setecientos cincuenta y ocho*”. Al cabo de seis meses, una respuesta llega: “*Uno más uno es uno*”. Los críticos apuntan que más que correcto, es zen. Desgraciadamente, éste se apaga igual que la señal WoW.

En cuanto a las artes, mi elíxir provoca que el gusto del público se mantenga inalterado. Es decir, al seguir vivos los grandes clásicos, las propuestas de vanguardia se sientan a la banca de los suplentes. En 2010, el Metropolitan Opera House en Nueva York presenta a Rudolf Nureyev como parte de su cartelera de inauguración de la temporada de ballet. En el marco de los estrenos, tanto celebridades y críticos aplauden el reaccionario montaje del ballet “*Tijuana Mariguana*” de Conlon Nancarrow, con una atrevida coreografía de George Balanchine y más de cien bailarines en escena. La dirección de orquesta es de Herbert Von Karajan. Dos de sus piezas son las extraordinarias “*È divertimento da fumare*” y “*Questi moustaches di miei stanno bruciando*”. Por su parte, Carmen Romano Nölck adapta la suite al piano con acostumbrado derroche, pero la producción supone un estrepitoso fracaso, pues el público comienza a abuchear la obra cuando ésta no comienza siquiera. En literatura, Jorge Luis Borges se da el lujo de desdeñar a la Academia Sueca esta vez, cuando le es concedido el galardón al Premio Nobel, alegando que su aceptación implicaría preparar un discurso para la ocasión. Y él ha dicho que nada de cortinas, pues se halla muy cansado de veranos en la prima Vera, o Toño. En pintura, un tipo oriundo de Cataluña, encontró un cuadro pintado por Salvador Dalí en el desván de su casa. Obviamente era muy antiguo, perteneciente a su periodo surrealista, por

lo que decide llevarlo a evaluar. Más, para su desgracia el cuadro no valía gran cosa. Cuando el gato termine la madeja, Luis Buñuel y Salvador Dalí seguirán trabajando para los Estudios Walt Disney. El siglo XXI transcurre provocando todas las maravillas que anticiparon los escritores y filósofos: Un mundo, una moneda, un código, una religión, un *rollerball*.

En 2250, sucede que la población mundial vuelve a decrecer, pero el hombre de la calle no alcanza a apreciarlo de primera mano. Mi elíxir, aunque prolongaba la juventud, no hacía el cuerpo resistente a las enfermedades o envenenamientos. Finalmente, se resultaba un candidato a la vejez, aunque fuese accidental. Un tipo, desesperado, pregunta a su doctor: “*Oiga, si renuncio al rock y las drogas y las orgías ¿viviré más tiempo?*”. El médico responde: “*No, pero le parecerá eterno*”. Para 2330, el censo era alarmante. Todas las mujeres, aunque lucieran en apariencia como modelos de 20, tenían una edad cronológica mayor a los cien años, luego no podían ser fértiles.

El sol que vemos cambia.

Los pueblos de la Tierra optaron por mudarse en ciudades bajo domos polarizados. Eventualmente, éstos también fueron quedando desolados. Los desiertos cubren el planeta.

Cuatro centurias posteriores a mi ingestión del elíxir. Me toca enterrar a la última persona con quien podía platicar: Mi pez mutante. A partir de entonces, aprendo a esconder la cabeza bajo el suelo y ahorrarme la vista del ceño fruncido en mis padres. Mantener la puerta cerrada. Para concluir, es en la primavera de 2561, cuando los Arquianos me hallan en una fractura del espacio-tiempo.

Los Arquianos son los geólogos del universo.

-¿Es usted el último? ¿Etes-vous le dernier? ¿Are you the last? –pregunta el líder.

-Hola, ¿les importa bajar la voz, para no molestar a los demás en casa?

-Es una idea muy tonta

-Hey, mis papás se guardan el secreto de tener un hijo loco

-El prototipo se ajusta a la descripción, pero no te convierte en loco

-¿Qué tal un pan untado con mermelada en la cocina?

-Copiado

En mi cuento, un final feliz me parecería casi una insolencia, una oración antes de dormir. Con brincos en la cama, sacudo los terremotos del futuro. La voz de mi mamá reaparece en la puerta y pregunta qué es ese ruido. Ustedes suponen que debo decir.

T-REX MARCHANDO AL POZO DE ALQUITRÁN

Siempre me pareció falso el nombre que te han dado, Rex.

He puesto un taller para arreglar pasados. Antes debí haber pensado incorporar al patio un túnel de lavado. En cuanto me he puesto el overol para chambear, han entrado varios clientes buscando reparaciones de distintas envergaduras. Al final del día, todo queda cochambroso de grasa. Creo que mis uñas jamás recuperarán su color natural. Al contrario, borra todas las huellas. Cierta vez, de pequeño me gustaba medir todo lo que estaba lejos con los dedos de la mano: montañas altas como mi pulgar, personas de medio meñique, árboles cuyas copas cabían en la uña del dedo índice. La mano por delante comparando, sin entender muy bien por qué las cosas cabían en mi palma, si me separaba un poco. O por el contrario, yo me alejaba midiendo hasta verlas desaparecer. Después me dio por medir las distancias con mis pasos, con los pies. Ir caminando y contando, avanzando despacio la ciudad de asfalto, hasta perder la paciencia, echar a correr, y ahuyentar a los quirománticos absortos.

Seis días de garantía se te han prodigado.

Vamos, Rex, acabo de bajar la capota, y al volver a mirarte a los ojos, me encuentro en la cordillera de la Sierra Nevada. Voy sentado en tu coche y bajo la velocidad, mientras intento deducir a través de los espejos, qué tipo de automóvil es. Un Volkswagen. Como no es el estilo de coche con el que yo cruzaría este paisaje, salgo, pego un portazo y decido hacer dedo. Entonces descubro que mi disfraz de payaso tampoco es el ideal. Así que, vuelvo a meterme en el coche, y decido conformarme con lo que hay.

Al inicio del lunes, he hipotecado mi vida para poder comer mañana. Y como mi vida no vale nada, el banco ha preferido quedarse con mi tiempo. Así que mañana no tendré tiempo para probar mi comida. Hoy ha venido un recaudador de pagos a anunciarme que a partir de ahora mis días durarán cuatro minutos. En ese espacio de tiempo tengo que conseguir comer, beber, dormir, trabajar, fumar, sacar tres veces al perro y, de vez en cuando, divertirme. Desde que me lo ha dicho, ya han pasado dos horas y lo único que consigo es bostezar.

Recibe cuatro estampillas para el gran premio, dentro de una planilla de diez.

En martes, sigo con este malestar contigo, Rex. Por ratos, me siento como si me acabaran de despegar del álbum familiar de alguien. Una foto devuelta a la vida, pero sólo de poses. Dentro, permanece la respirante diferencia del paisaje desenfocado, mientras salta de la imagen la postura mitad indio con vaquero. Y después de perseguirme por la casa, lanzarme algunas flechas, atarme a un tótem y amordazarme, ha empezado a sonar el teléfono y no consigo desatarme y contestar. Las voces cercanas las escucho en una profundidad de campo mínima, saturando el *bokeh*. El viento, el viento lo llevo dentro, como lo escucho silbar igualmente en las profundidades de la tubería. Hemos sufrido un año sin conseguir agua. Por curiosidad, acerco el ojo al extremo del grifo y te veo metido dentro de una solitaria gota, de la que tratas de salir. Te toco con la punta de mi dedo y el globo de agua se deshace en una mancha de humedad. No se trata que te hayas secado en mi pañuelo, sino que tu canoa estaba llena de un lago de cristal, sobre el mismo nivel de los hastíos. No se te ocurra poner un clavo en la pared ahora.

Dos estampillas.

Día miércoles. Esta mañana, una mujer embarazada se paró en un semáforo, junto a mí. No hacía falta mirarla para saber que iba a dar a luz dentro de poco, porque el color verde da la impresión de estar iluminado. En la acera de enfrente, una vieja muy delgada esperaba para cruzar, tapándose los ojos y dando un paso adelante. Justo cuando venía un coche, decidió cruzar, y se dirigió directamente a la barriga de la mujer con las prisas de un trabajo de parto. Me asusté convencido de que esta señora iba a morir atropellada en breves segundos, pero ella agachó la cabeza, pegó la oreja a las indescifrables estrías abdominales, y el coche pasó de largo. La vieja es una comadrona, dando prontas instrucciones a la madre primeriza sobre la forma de respirar y empujar el feto. Mi primera reacción fue acercarme, convencido de mi turno como peatón y sintiéndome con todo el derecho a cortar el cordón umbilical en una mujer a la que veo por primera vez en mi vida. La vieja recibe al recién nacido, lo envuelve con una tela y lo entrega a su madre, en plena calle. Más adelante, caminando por delante de una obra he visto un contenedor. Estaba lleno de arena, y como formaba una duna, me he tumbado encima a tomar el sol. A mitad de la ciudad he soñado con el mar y me he quemado con larga asoleada. Ahora el *smog* rompe en gotas de agua ácida, Rex, pero mañana tengo que acordarme de traer el bronceador.

Otra estampilla a favor. Mejor dos.

Día jueves. Zapatos en estampida. Conversaciones. Escaleras mecánicas. Bostezos que vibran. Paraguas que chocan contra los maletines, las paredes, las puertas automáticas. Quejas. Páginas de periódico. Libros que se cierran. Palabras repetidas del jefe, del compañero de trabajo, del fax. Asientos ocupados. Risas de niños que se quieren bajar, que quieren llegar ya. Circo, maroma y teatro. Pido una ayuda, señores...Vamos a tocar un tema de nuestro país de origen...Pásele güero, güera. Aquí les traigo la gran

oferta. Nomás no se me amontonen. Música que sale de los auriculares de una chica que se duerme sobre el hombro de un desconocido, hasta que se levanta porque toca su parada. Se abren las puertas. Sale mucha gente. No entra casi nadie. Sobra mucho espacio. Asientos libres. El dinosaurio marcha en dirección contraria. Última parada. Una mujer de negro, escondida como anciana por las perlas de su cuello, espera sentada en el banco de un parque con las piernas muy juntas y el bolso de charol sobre ellas. Su espera arruga unos ojos que han vivido tristeza, pero mantienen un brillo juvenil y tierno. Las hojas de los árboles caen y a veces tocan la altura de su peinado con moño. Y del bolso saca un estuche de pinturas y se repasa los labios, sujetando un espejo pequeño. Pero el pelo, empujado por los remolinos del viento, se mezcla con el rojo y se le queda pegado. Entonces saca un paquete de Kleenex que salen volando. Ya parecen palomas que un niño se acerca y recoge. Ella le sonrío, pero no lo reconoce. Se ven cada día en el mismo parque, pero nunca se hablan. Ella no sabe que es su nieto, pero él aún no nace.

No estampillas esta vez, pero conservas un sólido ocho.

Camus viaja a otro país para convertirse en reportero, para desaparecer. A su llegada, se da cuenta demasiado tarde que desconoce el idioma del lugar. En viernes, un polaco viene a México a cambiar de vida. A través de un conocido consigue su primer trabajo. Es fácil. El polaco sólo tiene que subirse a un autobús, y a cambio de 50 pesos, un volován y una botella pequeña de agua, pasará de estación en estación, pues a todo perro le llega su día, a menos que existan más perros que días. Una mujer indígena se le sienta al lado. Él le da su beso polaco, ya que a ella le ha mordido el bocadillo de queso. Al salir le dice que no regrese nunca. Como ella no conoce el idioma, no se ha reído ni le ha mentado su europea madre cuando se suponía que tenía que hacerlo. Rex, descúbrete con

el sombrero si te cruzas con gente. ¿Para qué hojear una gramática extranjera? La noticia que te llame a tu casa, vendrá escrita en el idioma conocido.

Una estampilla.

Llega el sábado, en la cola del supermercado. Nada especial que anotar en tu libreta sobre dicho día, salvo la obtención de esta estampilla faltante mediante artimaña, siguiendo el esquema Ponzi. La estampilla necesaria para canjear tu premio. Al filo del hipo, he conocido a un muchacho que repartía publicidad por los buzones. Me ha llamado la atención la forma que él decide qué folleto es para cada quién. Debido a su discrecionalidad, cualquiera siempre tiene los volantes informativos o publicitarios o panfletarios o recaudatorios, según le convengan. Uno consta de pizzas con descuento, otro de "Se arreglan muebles", el tercero de "Inscripciones abiertas", mientras que yo consigo los de "Se busca". Le he preguntado si había alguno que se lo guardara para sí, y me ha dicho que si quiero saber tanto, me dedique a lo que hace él.

Te lo dije antes, Rex, siempre me pareció falso el nombre que te han dado. Además, si te fijas bien, el premio es nuestro castigo. No tenemos ropa adecuada ni para los vacíos salones de la extinción.

El muchacho repartidor dice que voy alfombrando un camino con las ascuas de una dura prueba hindú, y si sigo así, terminaré quitándole el puesto de trabajo.

Extraño secreto, copia de otro secreto.

Domingo fue puesto para probar tu fe.

Cuando desperté, el fósil ya no estaba allí.

3 A.M.

Vida cotidiana de los esposos. Juntos en la cama, pero cada quién su propio sueño.

Él consigue la plenitud de las siluetas y sombras en la obscuridad, antes empezar a roncar. Las imposibles imágenes volcadas en la soledad inmensa de la hora de dormir. Esta noche, él construye una modesta factoría para la producción de nubes que no deben repetirse en la aurora. No obstante que el cielo pudo desnudarse de los aviones caza y dirigibles alemanes de la Primera Guerra, éste sabe que concluirle le llevará casi toda la vida. Los tabiques están bien puestos, la puerta abre bien y cierra de golpe muy fácilmente. Las chimeneas escupen los gases calientes en la atmósfera. Al hacer un alto, nota que le está creciendo barba. Una barba tan larga y tan tupida que la confunde con el *camouflage*. Y crece por minutos. Tiene que andar agarrándola para no enredarla entre los pies. Lleva unas tijeras a mano para ir recortándola cada vez, pero la barba gana terreno por minutos. Crece a lo ancho y a lo largo, por lo que ya casi no puede levantar más paredes. Ha intentado comer algo, pero no consigue alcanzar nada con la boca y todo desaparece entre ese pelo. Él se halla harto de cortar, por tanto el enemigo se ha metido dentro y ya no puede salir. Él tira de la cola del triplano, pero no consigue liberarlo y le escucha gruñir. Rendido, ya espera que el piloto encuentre la comida que no consiguió probar, porque si muere allí dentro, el olor será insoportable. Al hombre le preocupa oler mal, porque mañana no podrá crear un frente frío bajo el extenuado ímpetu mecánico de sus agrupamientos obreros, en la mejor progresión geométrica. Dormido, cambia de posición. El rostro apenas asomado, bajo la manta. Ahora se ha comprado una pistola galáctica. Su vecino tiene una igual y éste no va a ser más que él. Freud se burla de esto,

pero el tipo está dispuesto a volar su nave espacial sobre cualquiera que lo provoque. Engreído en su coraza metálica de guerrero samurái, su vecino se ha comprado una nave parecida para hacerle sombra, pero este infeliz no sabe que el suyo tiene truco kamikaze. Cuenta con un mayor ego dispuesto a estrellarse contra su esposa infiel y cogérsela en el estallido. La compañera de cama no se perturba, el momento que él ronca profundamente.

Ella se sueña que vive en los años 30 y trabaja en un burdel francés. Camina dando suaves tumbos en una casa con putas de lujo, cortinas inmensas, una barra preciosa con iluminación difusa y mucha educación en el salón. Ella sueña con hombres con ganas de hablar, con hombres con ganas de coger y con hombres con ganas de llorar. Algunos lo hacían todo a la vez y ella les observaba el culo desde el espejo del techo. Y cuanto más lloraban, más los apretaba contra las medias. Ella sólo pensaba en que terminaran para irse a fumar, para poder volver a ponerse toda aquella lencería suave y complicada, peinarse y planear estrategias sobre la torre Eiffel con los tubos rizados. Retocando su maquillaje, ella nota que le ha salido una mancha en la cara. Ella pregunta si hay algún médico entre los presentes, donde un curandero africano aparece y le ha dicho, orgulloso, que tiene la forma de su país. En lugar de quitársela, le ha dado consejos para cuidarla. Sobre todo la parte de abajo, la parte más afectada por la hambruna. Ahora ella está en casa, cansada, con la mirada fija en una telenovela con Victoria Ruffo y la mente preocupada en la pila de trastes sucios. De pronto repara en los letreros que aparecen en la parte baja de la pantalla, porque le ha parecido ver una palabra fuera de lugar, y lee: *"Te voy a meter los dedos hasta el fondo. Te quiere, Gabriel Soto". "Quiero que te vengas en mi lengua, que te vengas como una perra. Besos, Sebastián Rulli". "Te chupo las tetas, después te la meto por detrás y te vuelves loca de gusto, eres mi putita. Con amor,*

William Levy". Cuando se da cuenta que el mantel se ha convertido en la bandera de un desconocido país tropical, ella empieza a sentirse invisible, pero los gritos que se organizan en el plató le impiden coger postura, luego el sueño recuerda la pesadilla de la Mujer de negro y la Dama rosicler de los detergentes. Mirando hacia atrás, la televisión es el único somnífero que se toma por los ojos.

Los dos cuerpos avanzan a los confines de la inoportuna caricia en medio de la obscuridad. Lo cierto es que a ambos durmientes les gustaría despertarse muy lejos, sin avisar, como lanzados a una cama elegida al azar. Abrir los ojos y encontrarse por sorpresa en un lugar desconocido. Sin decidir nada por el cónyuge, apostando a ser capaz de hacer las cosas de otra manera. La vida los ha puesto juntos, pero ninguno tiene la culpa de lo que le sucede al otro, de lo que no tiene, porque entre ellos hay una distancia tan grande, que probablemente jamás se junte nada suyo, por mucho que se acerquen, por mucho que acudan a acostarse tranquilos cada noche. Jamás ellos serán nada parecido a lo que pasa por sus mentes. Otra es la gente que ya quiere despertar y no puede. Como hace Morfeo de mis sueños, escarbando un hueco en la arena y echando dentro toda la mierda que ensucia mi vida, sin importarle si es una playa, las macetas de tu cubículo o si está en pleno peñón de Gibraltar.

Vida cotidiana de los esposos. Juntos en la cama, pero cada quién su propio sueño.

POR SI NO

1.

Detrás de la cerca aquella que no divide nada, las gallinas culecas levantan laberintos de una línea, pentágonos de cloqueo desgranado. Las más dispersas en el baile de la lombriz, abren las alas que no utilizan. Bajo el hacha del granjero, las preferentemente cautelosas se echan sobre los huevos para empollarlos en la continuidad de la nada.

-Blanco por fuera y amarillo por dentro, ¿Qué es? –pregunta la gallina Knorr.

-Yo aovo cáscaras de color pardo –presume la gallina Bachoco, desde un rincón.

-Ay, te sientes la gallina de los huevos de oro –responde la gallina Rosa Blanca.

-Es un huevo, ¿no? –interviene la gallina Maggi.

-No, un chino disfrazado de fantasma –dice la gallina Knorr.

-Mala suerte –suspira la gallina Maggi.

-Reza el proverbio: Si la piedra cae sobre el huevo, mala suerte para el huevo. Si el huevo cae sobre la piedra, mala suerte para el huevo. La verdad es que todos lo saben romper, pero nadie sabe pegarlo otra vez, salvo nosotras –instruye la gallina Bachoco.

-La Calvario es tan lenta, que pone huevos de tortuga –acusa la gallina Maggi.

-Pues la Prodhin es tan analfabeta, que pone huevos sin ache –refiere la gallina Rosa Blanca, para esperar las alcobas aglomeradas con plumas de una guerra que nadie inició.

Todas festejan, pero no aprenden la lección: Gallina que cacarea, pierde el huevo.

Mal asunto éste del gallinero donde el gallo es fugitivo y acusado por el homicidio del conejo.

Un gallo es, en el canto de un cantante, una nota disonante involuntaria. Pero en esta ocasión el peso de los espolones y la balandronada del pico caen sobre la espalda rota del desdichado animal, luego que el ave de corral descubrió un huevo de Pascua escondido dentro de su gallinero. Fiebre aviar. La fanfarrea maldita para descalificar las tres negaciones.

A huevo

2.

Dos vacas platican en el campo. La *Angus* le comenta a la *Holstein* el efecto Arcimboldo, como resultado de cuando los bovinos fuman la hierba en lugar de comerla.

-¿Has oído acerca del mal de la vacas locas que se anda esparciendo en los alrededores?

-Es cuando agradezco ser un pingüino

-No, yo siempre he pensado que soy un caballo atrapado en el cuerpo de una vaca

-Vaca loca, tómate una cucharada de leche de amnesia. Dejarás de llamar a la luna, la bola de queso.

Demasiados acres logran la paranoia, el tabú, pero una hamburguesa alega que todos los hindúes son sagrados.

CISSALDIA

La mirada puesta dentro del telescopio, mi asombro sufre tremenda aberración focal entre los vidrios de las lentes. Ante mí, en la constelación de Virgo, orbitando alrededor de una estrella enana amarilla de tipo espectral G2, se hallaba un planeta. Más no cualquier planeta, sino un cuerpo sideral conteniendo océanos y bloques continentales y polos árticos exactamente como la tierra. Entonces vino la revelación. Este planeta no se parecía a la tierra, sino que era una exacta réplica del mismo. Estaba conmovido. Quiero decir, que un planeta, digamos de sal, digamos de sol, se convirtiera en agreste copia, en el triste calco de los que no tienen más escalera que la nervadura de sus observatorios, necesariamente repercute el bisesto de una duda. ¿Estaría igualmente habitado? ¿Ocurrirá un mismo almanaque de logros y vigilias? Vuelvo a mirar el objetivo. Comparo la quietud que precede al oxidado fulgor de la atmosfera. La atmosfera, más que un recipiente de gases que soportan la vida, es un escudo protector contra los impactos de enorme energía que provocan los objetos errantes que se desgajan del terrible vacío. En esta ocasión, descubro que estoy equivocado. De acuerdo a mis cálculos, el planeta entero apenas mide un metro de diámetro y gira veinte veces más aprisa sobre su propio eje. Se trataba del mismo mundo, pero en miniatura. Me dejo caer en mi sillón, frotándome los ojos. Reviso mis cálculos, la escala es 1 a 12,756. Eratóstenes de Cirene usó un gnomon para arrojar la sombra de la recta que abre la desproporción para entender el amor, con admirable precisión. Lo cierto es que tan necio es aceptar el razonamiento probable que nos procura el matemático, como pedir pruebas científicas al retórico. Por si fuera poco, tengo una imagen invertida, pero eso no menoscaba mi entusiasmo. En todo caso, ¿Cómo debía llamar a este

planeta? ¿Arreit? Por supuesto que no. Entonces, tengo otra ocurrencia, ¿Qué tal si nosotros somos la copia y no al revés? Las posibilidades eran fantásticas, pero al pasar el pañuelo descubro que todo se trata de una mota de polvo sobre el ocular. Oh, decepción. Me hallo en esta postura imaginativa de Horton cuando escucho la voz de mi ayudante: *Profesor Lippershey, despierte*. Salgo de mi somnolencia y descubro que todo fue un mal sueño. Un sueño que gira a una tasa que varía dependiendo del ángulo de declinación lúdica con respecto al cenit de la memoria. Me he quedado dormido sobre la montura del instrumento.

-Hola Lorena, respondo

-No se preocupe, profesor. Los que duermen, atraviesan la noche sin saberlo.

-No creerías el sueño que me acaba de suceder: soñé que había descubierto un planeta semejante a nuestra tierra.

-¿Tierra? ¿Qué tierra?

-Nuestro mundo, la Tierra

-Nuestro mundo se llama Cissaldia, profesor.

Me quedo de una pieza. ¿Qué diablos sucede aquí? Mirando sus ojos sonrientes, caigo en la razón del por qué se parecen tanto un boxeador y un telescopio. Muy simple, ambos ven estrellas.

-Perdón, linda, estaba pensando en otro planeta.

Ansioso, ajusto la rótula hacia el siguiente cuadrante. Preguntándome no menos que Heinrich Olbers, que otras maravillas esperaban por mí, dentro de esa noche de cúmulos, nebulosas y galaxias brillantes.

¿LOS SUMERIOS SABÍAN SUMAR?

La justicia se puede aprender de memoria, la sabiduría no.

Dos granjeros se presentan ante el rey Hamurabi, para someter una disputa. Sí, el encuentro llegó con el labrador de más aire que señala con el dedo al contrincante cuerpo.

-Su majestad, yo le compré un pozo a Naaman, mi vecino, y ahora él me exige que le pague la compra del agua.

-Así es, su alteza. Yo únicamente le vendí mi pozo al ignorante, más no el agua.

El soberano no puede evitar la visita de transitorias culpas, luego blande en su diestra el espadín sigiloso que rompe a la ley su larga cara de papiro. Los vasallos son abofeteados por un aliento de anís y las púas del frío que da el abrazo de la equidad.

-Naaman, puesto que le vendiste el pozo a tu vecino, deduzco que un pozo seco le pertenece por derecho, por lo consiguiente tienes un día para llevarte el agua a otra parte. A menos que te obligues a pagarle una renta por contener el agua que aludes de tu propiedad.

El campesino sabe que ha sido ofuscado y retira su querella.

Dentro de la corte, nadie quiere desperdiciar palabras.

Los eunucos y asesores militares forman un semicírculo en torno a la figura del monarca, ocultando las manos.

El rey Hamurabi frunce el ceño ante el espejo que fortalece las sensaciones eruditas de un nuevo momento de verdad.

-¿A qué ha venido esta mujer?

El maestro de torpezas presenta a la esposa de Becher aferrada al brazo. Ella acusa a Naaman de haber llevado a cabo una venganza con sus propias manos.

-Lo mató y sólo me deja el marrón de la sangre en sus ropas.

-Mujer, es muy temeraria tu acusación, a pesar de no encontrar el cuerpo.

Los guardias reales ponen al acusado a la vista. El infeliz niega los cargos.

-Poderoso rey, si es inocente, que lo pruebe. Yo digo que la víbora que sale de mi boca se enrede en sus pies. Si Naaman sobrevive al veneno de una mordida, entonces sabré que él no es el asesino.

-Mujer, ¿Por qué supones que ese el modo de comprobar su inocencia?

-Porque el dios Baal lo protegería ante cualquier difamación

-Bien, traigan un áspid y que seas tú misma la se le saque de la cesta y le ponga en sus pies, porque si tu tampoco mientes, el dios Baal te cuidará de su ponzoña.

La mujer entiende en el acto que acusar a la maldad de los tiempos es excusarnos a nosotros mismos y se retira.

No obstante, El rey ordena convocar a todos los aldeanos con un azadón en el muladar. Aparentemente, todos son culpables de cosechar el silencio en un huerto donde la única ciencia son los olivos de la incertidumbre bajo el calor del sol, cuando las moscas que infestaban los corrales se detienen sobre el azadón del solitario asesino, porque éste esconde restos de sangre seca, a pesar del vapuleo hondo en el lodo. El criminal confiesa el lugar donde enterró el cuerpo. ¿Qué hay después de la primera ronda forense? ¿Rostros delatores? ¿Manos mutiladas? Mañana los cadáveres no serán menos venturosos que sus asesinos.

La fama de los sistemas legales del verdadero fundador del imperio Babilónico se extiende más allá de Mesopotamia, desde el Mediterráneo hasta Susa y desde el Kurdistan hasta el Golfo Pérsico. Por ende, un respetable astrólogo llega de los montes Zagros, en el

límite oriental. Trae el mensaje de su reina Anatolia, hija predilecta de Sausga, equivalente hitita de la diosa Ishtar.

-Gran Hamurabi, es mundialmente conocida tu sabiduría y toque de justicia, pero me gustaría poner a prueba por mis propios medios

-Me hallo impaciente por tu prueba

-Qué prefieres, ¿Contestar cien preguntas fáciles o una pregunta difícil?

-Hazme la pregunta difícil

-Bien, ¿Qué fue primero: el huevo o la gallina?

-El huevo

-¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puede existir un huevo sin una gallina de por medio?

-Nuestro trato fue una sola pregunta difícil, no dos o tres. Creo que estamos a mano.

-Sabiamente dicho. Mi Reina desea tener el honor de recibirte como invitado

-La invitación es una fruta que ha caído cuando nadie tenía hambre.

El emisario asiente.

La ordenanza del escriba exige una caravana para cinco días de camino. Mirando los pasos de Elifaz, hijo de Bildad, cien médanos fantasmales te llaman en lo lejano y tú no sabes si caes en una trampa. La luna merodea la fila de hombres y bestias, pero ni siquiera es capaz de reconocer los vientos de langostas que huyen del pasado, excepto el vigilante encargado de soplar el sofah desde la torre. Por si fuera poco, dentro del fatigoso sueño del celador, los irreconciliables dioses del maniqueísmo lo sacrifican todo. El sueño inicia con Ormuz y Ahrimán caminando en direcciones opuestas durante una tormenta de arena. Negro es el pensamiento que ambos chocan y caen hacia lados contrarios. Ahrimán se regocija de caer en una olla de *payasam*, mientras que Ormuz se sumerge en un ánfora de

salmuera. Los mortales sueltan la carcajada, sin estar seguros que la diferencia entre la verdad y la mentira son cuatro dedos, porque la distancia entre la boca del que habla y la oreja del que escucha es el ancho de cuatro dedos. Ormuz insta a permanecer dormido para saber el desenlace del sueño. Cuando Ahriman surge del fragante *payasam* y Ormuz del pestilente vinagre de los encurtidos, ambas deidades descubren que no había una gota de lluvia para limpiar sus cuerpos. Así que, mediante el equilibrio de contrarios, las dos divinidades son compelidas a limpiarse mutuamente a lamidas, como los gatos. Un ojo rebanado guarda este sueño con celo y ardor, pero no son tiempos de revelaciones, dicta el libro de los salmos.

Después de caminar una noche, los insectos salen de las grietas del modo que despunta el sol. Es un día caluroso sobre tan despierto tránsito y la madre sacerdotisa se halla desesperada por llegar.

-¿No existe un atajo? ¿Una vía más rápida? –pregunta.

-Lo más terrible es caminar en una dirección equivocada – responde Elifaz.

-Yo conozco un modo de acortar terreno –anuncia el soberano.

La caravana se mira perpleja. Todos saben que no hay otro camino que pase a través de ese desierto. Mucha presunción hay entre ellos para tenderse en la noche esperando un poco de fresco. El monarca insiste, luego el mísero bufón oculta su manajo de piruetas. Los músicos desafinan delante del palanquín.

-Pruébalo

-Bien, pero antes escuchen lo que voy a decirles: miremos hacia atrás. ¿Ven? Los mapas no lo dicen así, pero si el mundo fuera redondo y uno dispusiera viajar en una sola orientación, ¿Volverá al punto de partida otra vez?

-Teóricamente es correcto –responde el guía.

-¿Por qué no sucede en la realidad?

-Debido a que uno tiene que atravesar mares, montañas y boques para no desviar el camino –agrega y se planta en lo que dice.

-Naveguemos los mares, cavemos túneles bajo las montañas y usemos elefantes para cruzar los bosques

-Aun así...imposible

-¿Por qué?

-Tomaría años completar el viaje

-¿Años? ¿Cuántos?

-No sé....tal vez una vida o más. Tus sacerdotes deben tener una respuesta inteligente.

-Imposible de calcular, su majestad –clama uno de ellos, sintiendo la mirada de su gobernante.

-Oscilaría entre los ochenta años o los ochenta días –declara el segundo.

-Yo pienso que tomaría un solo día –exclama el soberano.

-Ni siquiera un día basta para atravesar tu reino, poderoso señor.

-Yo pienso que tomaría un solo día, suponiendo que puedes avanzar junto a la velocidad del sol...

-Brillante, como el sol mismo.

-Basta de lisonjas, hemos llegado a nuestro destino.

-Que rápido pareció el viaje, refugiados a la sombra de tu boca –exclama la madre.

-Todos deseaban hacer el camino más corto ¿no?

Hamurabi arriba al distante reino sobre sus propias sandalias. En la entrada del palacio una esclava le da la bienvenida y toma el mando bajo el guiño del diamante para conducirlo a la sala de las luminarias, donde la reina se reúne con el consejo de los visires. Sin embargo, en el lugar del trono se hallan sentadas seis reinas. Todas semejantes. Todas vestidas lujosamente. La sirvienta instiga al recién llegado a adivinar cuál es la verdadera reina Anatolia, hija predilecta de Sausga. Hamurabi sonrío y hace una reverencia a tal simuladora acompañante.

-¿Cómo adivinaste que ninguna era la reina?

-Las falsas reinas no se atrevían a sostenerte la mirada, ni siquiera tu mensajero al encontrarte. Yo te digo que el pan se llena de moho sobre la mesa y el mantel puede usarse como un atuendo vulgar, pero la gente común jamás mira a su soberano bajar la cabeza.

Complacida, la reina ordena el final de la charada y abruma a su visitante con viandas y regalos. A mitad de la fiesta, la reina vuelve a tentar a su invitado con una extraña pregunta.

-Si alguien se atreviera a jalar tus barbas, ¿Qué castigo le acarrearía tal afrenta?

-Sería decapitado...

-No

-Sería azotado y encarcelado...

-No

-Sería colgado junto a su familia y sus pertenencias confiscadas...

-No, ninguno es su destino

-¿No, mujer? ¿Qué destino le acarrearía a aquel que se atreviera a jalarme las barbas?

-Le regalarías dulces y tu mejor caballo

-No estoy seguro de ello

-Sí, le regalarías dulces y tu mejor caballo, porque el único que se atrevería a jalar las barbas al rey que representas, sería tu bebé primogénito, legítimo heredero de tu reino.

Tan complacido quedó Hamurabi con esta respuesta que se quitó el anillo del dedo y se lo dio a la reina Anatolia, hija predilecta de Sausga, como señal de que ella sería la madre que se esconde como esposa.

LOS GALICRONOS

Modigliani reprende a Madame Lipchitz.

-Tenga cuidado, la pintura aún no termina de secar...

-No hay cuidado, maestro. Tengo mis guantes puestos.

No saben nada. La luz no les ve,

ni se detienen a pensar su derrota ante unos guantes puestos. Modigliani no supo dar aviso: Ellos existen dispersos, sin forma. Al principio son puntos vagos y aleatorios, luego son caras encontradas en la hierofanía. Configuraciones calcinadas, cayéndose de espaldas. Arte en el fin de la tierra, donde el prestigio con tres borrones esconde estos fugitivos en la extendida superficie de la imaginación a menos que sean descubiertos por casualidad. Aquellos que escaparon primero, encontraron el ojo de Pancho Galí. Un largo viaje, prolongándose en la imperfecta copia del origen breve. Nuevo lienzo jugando lo terrible de una noche polar que no logra empezar. En el frío, el pintor fabrica un agujero para pescar. La mano crea un mapa para escapar al laberinto de los primeros soñadores. El público respira hondo. Curiosamente, los *Galícronos* se las arreglan para lucir humanos. El cuerpo mal herido por grecas y espirales. La cara con pintas de guerra y de amor. Ceniza roja en la frente. En la boca, sílabas muy lentas para masticar las hojas de tabaco. Por principio de cuentas, ellos se pensaron capaces de dar muerte a las perspectivas menos una, herida, mutilada, que provoca perder el equilibrio del taburete, pero inmediatamente advirtieron que si la física no llena su definición del espacio, mucho menos del tiempo. Los *Galícronos* respetan la idea que el tiempo es igualmente espacial y por ende un momento vivido se convierte en un momento muerto que es posible visitar, aunque completamente ajeno a la

experiencia, por lo tanto el futuro es un mundo accidental y acontecido. Esto significa que los recuerdos son tan refutables como las predicciones al otro lado del espectro. Londres está lleno de un sinnúmero de escaleras estrechas a propósito. Uno le pregunta al otro: ¿Una hora de placer vale el precio de una vida de dolor? El interrogado acepta el empleo mediante otra pregunta: ¿Cómo logras que dure una hora? La puerta de los cien pesares los aparta. En el presente, vestimos como ellos, paseamos entre ellos y nos confundimos con ellos. Ellos enseñan a sus hijos lo mucho que saben. Y quizás en el día menos pensado ellos teñirán su piel de discreto barniz social....en cuatro o cinco diferentes colores para estar a moda. Fin.